




EL NAHUAL ERRANTE

 **N**atura macabra:
homenaje a Quiroga

EL NAHUAL ERRANTE

EL ARTE DE LA TRANSFORMACIÓN Y EL MIEDO



Título: El Nahual Errante #21 Natura macabra: homenaje a Quiroga

Fecha de publicación: 18/08/2025

Maquetación y diseño editorial: Belem Leal

Consejo Editorial: Leonora Montejano, Miguel Diaz, Arely Fuentes

Portada: IA

Playlist: Arely Fuentes

Contacto: elnahualerrante@gmail.com

Página: <https://elnahualerrante.com>

El copyright de las imágenes pertenece a sus respectivos autores y/o productoras/distribuidoras.



Las opiniones aquí vertidas son de exclusiva responsabilidad de quien las emite y no representa necesariamente el pensamiento colectivo de la revista El Nahual Errante

CONTENIDO

CARTA EDITORIAL

NATURA MACABRA: HOMENAJE A QUIROGA 4

OMEYOLLOA

NATURA MACABRA 7

AMOXTLI

APRENDER DE LA NATURALEZA Y DEL ANARQUISMO LEYENDO: “CUENTOS DE LA SELVA” COMO RETRATO DEL NORESTE ARGENTINO Y DE LA TEORÍA DEL APOYO MUTUO. 10

LÉGAMO: LA SELVA DE CONCRETO 14

ICNOCUICATL (CANTO TRISTE)

MÁS ALLÁ DEL SONIDO: NARRATIVAS VISUALES EN EL DREAM POP 16

ANECDOTARIO

EN EL MONTE 18

SASANILI O EL ARTE DE NARRAR

AGRESTE NATURA 20

DRASK'RA 22

INVICTO 25

LA MÁS MAGNÍFICA DE LAS BESTIAS 28

DURMIENTE 31

LAS SIETE VIDAS DE UN QUELONIO 35

CORTEJO 39

AQUÍ NOS DESPEDIMOS 42

MATAR AL SANTO 44

EL BEJUCO 48

ESA NOCHE 51

LA COSTRA DEL MONTE 54

UN CUENTO DE AMOR, LOCURA Y MUERTE 57

PA'L MONTE 60

LOS NAHUALES



Natura macabra: homenaje a Quiroga

El miedo a la naturaleza ha acompañado al ser humano desde los orígenes de la palabra. Temimos al rayo, al silencio del bosque, al rugido de los animales y, con el tiempo, disfrazamos ese miedo con explicaciones filosóficas, religiosas o científicas. Sin embargo, como lo demuestran los textos de este número, lo salvaje nunca ha dejado de habitarnos.

En *Natura macabra*, Miguel Ángel Díaz nos recuerda que Horacio Quiroga entendió como pocos la indiferencia de la selva ante la vida humana: la naturaleza no juzga, no castiga, simplemente sigue su curso. Por su parte, en la sección de Amoxtli, en *Aprender de la naturaleza y del anarquismo leyendo Cuentos de la selva...*, traza un puente entre la obra de Quiroga y la teoría del apoyo mutuo, subrayando cómo los animales de sus relatos encarnan la resistencia frente a la voracidad del hombre.

Desde otro ángulo, Escoria Medina, en *Légamo: la selva de concreto*, nos enfrenta con la hostilidad urbana: la ciudad, tan viva como la selva, devora a quienes la habitan con la misma ferocidad que un jaguar acecha a su presa. Y Florencia Frapp, en *Más allá del sonido: narrativas visuales en el dream pop*, explora cómo la música es capaz de recrear atmósferas que nos conducen a paisajes oníricos donde lo natural se vuelve inquietante. Finalmente, Leonora Zea, en *En el monte*, recuerda que ni la experiencia personal escapa a esa naturaleza que castiga sin advertencia y que, como todo organismo vivo, nos recuerda nuestra fragilidad.

Este número de El Nahual Errante rinde homenaje a Quiroga, pero también plantea una reflexión urgente: ¿qué nos aterra más, la crueldad de la selva o la indiferencia con la que el mundo natural nos observa? Hoy, frente a un colapso ecológico cada vez más tangible, ese miedo adquiere un matiz distinto: no solo tememos a las fieras, sino también a la posibilidad de que la tierra simplemente siga sin nosotros.

Tal vez ahí resida la lección más importante: la naturaleza no exige perdón ni disculpas. Solo presencia, respeto y coexistencia. Todo lo demás —las palabras, los mitos, los ensayos— son intentos humanos por disfrazar lo inevitable: seguimos siendo parte de ella, seguimos siendo bestias, solo que con más excusas.

¿Ya tienes tu libro?
¿Tienes una gran idea y quieres escribirla?

Publica tu Libro

Fácil, rápido y seguro

Una editorial de escritores
para escritores...



Kreko Producción

Contacto:

5561127824

 @krekoproduccion

 @krekoproduccion



✓ Taller personalizado

✓ Acompañamiento

✓ Corrección de estilo

✓ Ilustración portada

✓ Ilustración interiores

✓ Diseño gráfico

✓ Diseño editorial

✓ Ejemplares en físico

✓ Ejemplar en digital

✓ Publicación

✓ Distribución

literatura que crece.



NATURA MACABRA

MIGUEL ÁNGEL DIAZ BARRIGA N.

El ser humano ha temido a la naturaleza desde mucho antes de escribir su primer poema: temió a los relámpagos, al fuego, a los animales que se ocultaban en los campos, y temió al silencio vivo del bosque. Y ese miedo, lejos de desaparecer con la civilización, simplemente cambió de forma.

Hoy en día le tememos a la naturaleza, le tememos en los documentales, en las noticias sobre pandemias, exploradores perdidos, o cuando algún puma se “atreve” a caminar por las calles de un suburbio. El miedo al animal, al entorno salvaje, no es un rezago de tiempos primitivos, sino un síntoma contemporáneo. Le tememos porque intuimos que, a pesar de todos nuestros avances, nunca dejamos de pertenecer a su reino, al reino animal y porque la bestia, esa que gruñe desde lo oscuro, no está allá afuera: la llevamos adentro, muy bien vestida.

La filosofía ha tratado de explicar este miedo como se intenta explicar la muerte o el amor: con palabras interminables, con argumentos sofisticados y de paz, una buena dosis de angustia. Thomas Hobbes, por ejemplo, imaginó el estado natural como un infierno de egoísmo y violencia, donde el hombre era lobo del hombre —y, curiosamente, también de sí mismo. Rousseau, algo más optimista, soñó con una naturaleza que no corrompía, sino que era corrompida. Pero ambos, en el fondo, coincidían en que el contacto con lo salvaje nos confronta con lo esencial: somos criaturas vulnerables, deseantes,

inacabadas. La civilización sería entonces una especie de terapia colectiva para no recordar lo que realmente somos cuando no hay espejos.

Y sin embargo, lo salvaje sigue y Horacio Quiroga lo entendió mejor que nadie. No escribió sobre la selva como escenario exótico o fondo pintoresco; la hizo personaje, conciencia, ley. En sus cuentos, la naturaleza no se limita a acompañar: juzga, castiga, destruye, sin necesidad de razones o remordimientos. En *El hombre muerto*, por ejemplo, la vida de un peón se apaga por un accidente insignificante, y el entorno no se inmuta. No hay juicio final, no hay música dramática, sólo una selva que sigue su curso, indiferente. En *A la deriva*, el protagonista muere lentamente en una canoa, mientras la selva observa como una esfinge tropical. Quiroga sabía que el verdadero horror no era la muerte en sí, sino que esta ocurre sin sentido, sin testigos, sin épica, contradiciendo a los mandatos divinos donde la justificación es “porque así lo quiso Dios”. Y eso es justamente lo que ofrece la naturaleza: una muerte sin historia, sin propósito, una muerte como la de los animales.

Desde el punto de vista psicoanalítico, el miedo a la naturaleza puede entenderse como el miedo a lo que escapa al orden simbólico. Freud, al definir el *ello*, describe una instancia pulsional que no conoce normas, que desea sin filtros y actúa sin conciencia. Y aunque intentó dominar esa fuerza a través del *yo* y del

superyó, lo cierto es que siempre reconoció su potencia y sin embargo es Lacan quien lleva esta idea más lejos: para él, el animal es precisamente aquello que no está castrado por el lenguaje. No está atravesado por la Ley. No reprime. Su existencia es ajena al orden simbólico. El animal no sufre de angustia existencial porque no ha sido lanzado al lenguaje; no tiene que preguntarse por el sentido de su vida, ni justificar sus actos ante ningún tribunal. El animal desea, goza, mata, huye. Y nosotros, escribimos ensayos.

La mirada del animal, decía Lacan, es una de las experiencias más perturbadoras que puede vivir un sujeto. Porque no es la mirada de otro humano —no hay empatía, ni juicio, ni deseo de comprender—, pero tampoco es la ausencia total. Es una mirada que *nos mira*, pero no nos reconoce. No somos sujetos para el animal: somos objetos, y es en esta posición que sentimos el vértigo de ser carne, simple materia vulnerable. Y es justo ahí donde está la raíz del miedo: no en la posibilidad de ser devorados, sino en la confirmación de que nunca fuimos del todo humanos. Que nuestra diferencia con la bestia es más ideológica que ontológica. Que la línea entre civilización y selva es tan frágil como una infección, una mordida o una caída.

La forma en que tratamos a los animales evidencia ese conflicto. Los domesticamos para convencernos de que son inofensivos, incluso de que “nos quieren”. Les ponemos nombres, les hablamos con tono maternal, les damos galletas con forma de hueso y celebramos sus cumpleaños. No es amor —es negación. Queremos ver humanidad en ellos porque no soportamos ver la animalidad en nosotros. Por eso el animal salvaje nos inquieta tanto: porque no se deja leer. No entiende nuestras señales, ni nuestras reglas, ni nuestras súplicas. Nos devuelve

una presencia pura, no mediada, y eso, para una especie obsesionada con el significado, es insoportable.

De hecho, el horror moderno ha reciclado este miedo ancestral. Las películas de monstruos, desde *Tiburón* hasta *Anaconda*, no son más que actualizaciones del viejo temor a lo incontrolable. La diferencia es que ahora lo salvaje es un “problema” que puede resolverse con ciencia, tecnología o fuerza militar. Hemos reemplazado al chamán por el biólogo marino, pero el mecanismo sigue siendo el mismo: conjurar el miedo con rituales modernos. Nos asusta el rugido, pero confiamos en que el helicóptero llegará a tiempo. El sarcasmo está servido: tememos a la naturaleza mientras talamos selvas enteras, contaminamos ríos y extinguimos especies como quien borra archivos. Le tememos a lo natural, sí, pero no tanto como para dejar de destruirlo. Quizás porque, en el fondo, la destrucción es otra forma de control.

Y cuando no podemos destruirlo, lo convertimos en espectáculo: el zoológico, un teatro de barrotes y horarios, representa el último intento por domesticar el miedo. Ahí está el tigre, dormido, aburrido, anestesiado por la repetición. Lo miramos desde una distancia segura y pensamos: “yo ya no soy eso”, pero el animal nos sigue mirando, y algo en su mirada nos dice que la jaula es mutua, que quizás hemos encerrado lo salvaje para no vernos reflejados en su libertad brutal, porque, aceptémoslo: el animal no desea tener sentido, ni encontrar su vocación, ni mejorar como persona. Y eso nos produce una envidia que disimulamos con etiquetas científicas y *selfies* con elefantes.

El chiste cruel es que la naturaleza no nos odia. Simplemente no nos necesita. No nos juzga, no nos recuerda cumpleaños, no escribe ensayos sobre nosotros. Nos observa morir con la misma neutra-

lidad con que el sol cae sobre una flor o sobre una tumba. Y eso, justamente, es lo que nos aterra. No que nos mate, sino que no le importa. Que la selva siga respirando cuando ya no estemos. Que los animales retomen su espacio cuando hayamos terminado de colapsar nuestro ecosistema. No es miedo a la muerte: es miedo a la irrelevancia.

Hoy, que el colapso ecológico dejó de ser una profecía y se convirtió en evidencia, el miedo se transforma. Ya no es sólo el miedo al jaguar o al tsunami. Es el miedo al castigo, a la venganza de una madre naturaleza que parece tener mejor memoria de la que pensábamos. Nos asusta que los animales regresen, que los bosques reclamen sus territorios, que el clima se salga de sus márgenes como un río cansado de contenerse. Y ante eso, ofrecemos disculpas tibias, campañas de reciclaje, y conciertos benéficos por el planeta. Pero seguimos sin entender que la naturaleza no exige disculpas. Solo presencia. Solo coexistencia. Algo que, por cierto, siempre nos ha costado mucho.

Quizás el miedo del hombre a la naturaleza y a los animales no sea otra cosa que una metáfora de nuestro miedo al deseo, al cuerpo, al silencio, a todo aquello que no puede traducirse en palabras. Quizás tememos al animal porque no necesita redención, porque no ha cometido el pecado de simbolizarlo todo. Y quizás, en el fondo, lo que nos duele es que, a pesar de todo, seguimos siendo parte de ese mundo que tanto nos empeñamos en controlar, clasificar y fotografiar. Seguimos siendo carne. Seguimos siendo bestias. Sólo que con más excusas.



**Aprender de la naturaleza y del
anarquismo leyendo: “*Cuentos de
la selva*” como retrato del noreste
argentino y de la teoría del apoyo mutuo.**

AMANITA MUSCARIA



La Mesopotamia argentina se compone por Entre Ríos, Corrientes y Misiones. Su nombre significa “entre ríos” o “región entre ríos”: se destaca el río Paraná que pasa por toda la región, el río Iguazú que arranca en Brasil y tienen además las hermosas Cataratas del Iguazú—patrimonio natural de la UNESCO y considerada una de las siete maravillas naturales del mundo—, el río Guaaleguay que es de uso turístico, y el arroyo Yabebirí, que significa “arroyo de las rayas” y es el gran atractivo junto a las ruinas jesuíticas. Misiones es la más rica en flora y fauna, por su selva.

En esta provincia, más específicamente en San Ignacio, vivió Horacio Quiroga (1878-1937) entre 1910 y 1915, junto con Ana María Cirés (su primera esposa), Darío y Eglé Quiroga. Quedó maravillado seguramente por su paisaje compuesto por el contraste de tierra roja y arboleda verde, su variedad de animales y plantas, decidió instalar allí a su familia; construyó una cabaña de madera (lamentablemente, hoy se conserva una reconstrucción ya que la original se perdió en un incendio), explotó un yerbatal, fue juez de paz, ejerció la docencia y, como dato particular, crió a sus hijos en contacto con la naturaleza: les enseñó a criar animales, a cazar, usar la escopeta, y aprender a lidiar con los peligros que acechan, o dicho en otros términos, tener que sobrevivir en ella. Quiroga, además de escritor fue carpintero, diseñador de los muebles de su hogar como la canoa con la que paseaba por el río Paraná (el río que pasa por toda la región mesopotámica), fue juguetero de sus propios hijos ya que con la madera tallaba animales en miniatura y también era aficionado a la fotografía. Sin embargo, la vida de ensueño del escritor se vio trun-

cada por el suicidio de Ana María, quien no soportó la lejanía de la vida urbana. Devastado, se trasladó con sus pequeños a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, y fue ahí donde editó *Cuentos de la selva* (1918), dedicado a Darío y Eglé.

Este libro es una antología de cuentos cuyos protagonistas son casi todos animales autóctonos —en algunos cuentos también aparecen humanos— viviendo aventuras. Entre los animales están: Tortugas, flamencos, víboras, tatú carreta, lechuzas, loros, tigres, yacarés, surubíes, gamas, tamandúas, coatíes, rayas, dorados, carpinchos, abejas y culebras. Los cuentos nos presentan una amplia gama de animales que son tanto depredadores como presas; un ecosistema armonioso gracias a que todos buscan sobrevivir, sin importar si hay que comerse los huevos de un nido o robarle el alimento a otra especie. Ninguno se salva de las garras, mordeduras, picaduras, o ataques dentro de la selva. En estas historias, vemos prosopopeya porque a los animales se les extrapolan conductas humanas como el habla, razonamiento, noción de justicia, de enfermedad y cura, de otredad, por lo que eso significa que tienen reflejo del yo.

Pero todos tienen un enemigo en común: el hombre. Interfiere en la naturaleza —como los buques que pescan el alimento de los yacarés— para apropiarse de los animales y domesticarlos, tender trampas, cazarlos, quitarles su piel para hacer ropa y calzado, comerlos, protegen sus cultivos de las plagas y ahuyentan a aquellos que atentan contra la vida de sus hijos.

El hombre instalado en la selva misionera, lejos de ser un renegado social, una especie de sujeto solitario cuyos modos son primitivos, instala sus elementos civilizatorios con violencia y soberbia: así como Robinson Crusoe pone bajo su dominio a la Isla de la Desesperación y

hace del originario viernes su sirviente –y lo moldea de acuerdo a su religión, vestimenta, modos y cultura–, Quiroga y sus personajes hacen lo mismo en ella. Se consideran soberanos absolutos que se adueñan de las tierras convirtiéndolas en parcelas, hectáreas, propiedades privadas para así explotar sus recursos. Los animales le tienen miedo al hombre, por lo que no hay lugar para la igualdad. Pero a pesar de que el hombre infunde miedo, los animales se rebuscan para defenderse y derrotar a quien es realmente el invasor de sus hábitats. En las historias no serían “pobres de mundo”, aunque en la realidad, el trato sigue siendo jerárquico para evitar su propagación y superación al hombre.

En el anteúltimo cuento, El paso de Yabebirí, se destaca la explotación de recursos utilizando elementos nocivos para la flora y fauna: no es lo mismo pescar por cuenta propia que dinamitar un arroyo en la que se asesinan especies de todo tipo bajo el motivo de obtener recursos para alimentar a una población. Alteran el ecosistema extinguiendo especies, se quedan con el alimento de los animales e insectos que mueren por no poder comer, imposibilitan la reproducción de las especies debido a la cacería ilegal, destruyen el paisaje natural, contaminan el medio ambiente, alteran el clima cuya consecuencia principal son las catástrofes naturales, demostrando cómo la naturaleza ante el hombre se expresa como lo que es: indomable.

En La abeja haragana, posee un final filosófico que nos hace ver que Quiroga usa la similitud hecha entre las abejas y el hombre de Aristóteles; trabajar en conjunto por un ideal que acapara a todos: la felicidad. La importancia de trabajar en equipo para que la colmena persista, así como también para que la polis sea próspera gracias al esfuerzo de todos. Aristóteles nos enseñó que el hombre es Zoon

politikón (animal político): un sujeto que vive y participa de la polis, forma parte de la división de trabajo, coopera por la existencia de su especie. El cuento hace énfasis en la comunidad, valor muy perdido en la actualidad debido a las preferencias por el individualismo, el “sálvese quien pueda”, la falta de empatía, colaboración, ayuda y apoyo mutuo. El trabajo en equipo necesita la colaboración de todos, y quien no está de acuerdo con ello, merece la expulsión, y las consecuencias de estar solo se ven reflejadas en la abeja protagonista, quien debe pasar sola la noche a la intemperie durante una tormenta muy fría. Bueno, mismo con el hombre: es un sujeto social que no puede vivir aislado, por lo que sí o sí debe desempeñar una función en beneficio de la polis (recordemos que Quiroga, a pesar de vivir en una cabaña lejos del centro de San Ignacio, fue docente y juez de paz, es decir, tenía contacto con otros ciudadanos para su formación).

El libro tiene historias tanto de un hombre como de un animal que necesita ser curado por alguna enfermedad: ambos necesitan de un otro para sobrevivir. En La tortuga gigante, el protagonista es un trabajador bonaerense que se instala en la selva misionera para recuperarse de su enfermedad, y una vez sano, salva a una tortuga herida al borde de la muerte, ya que su cabecita estaba separada del cuello. Luego, enfermo de vuelta al borde del delirio febril, el reptil decide llevarlo atado a su caparazón hasta Buenos Aires donde seguro le darían la medicación correcta. Más allá de que la relación hombre y animal sea jerárquica, este cuento refleja –desde la fantasía– su concordancia con la teoría del apoyo mutuo.

Mismo el de La gama ciega, en la que la cría cegada por las picaduras de abeja emprende un camino con su madre hasta la casa de un cazador que posee el ungüento que la curará. De hecho, el

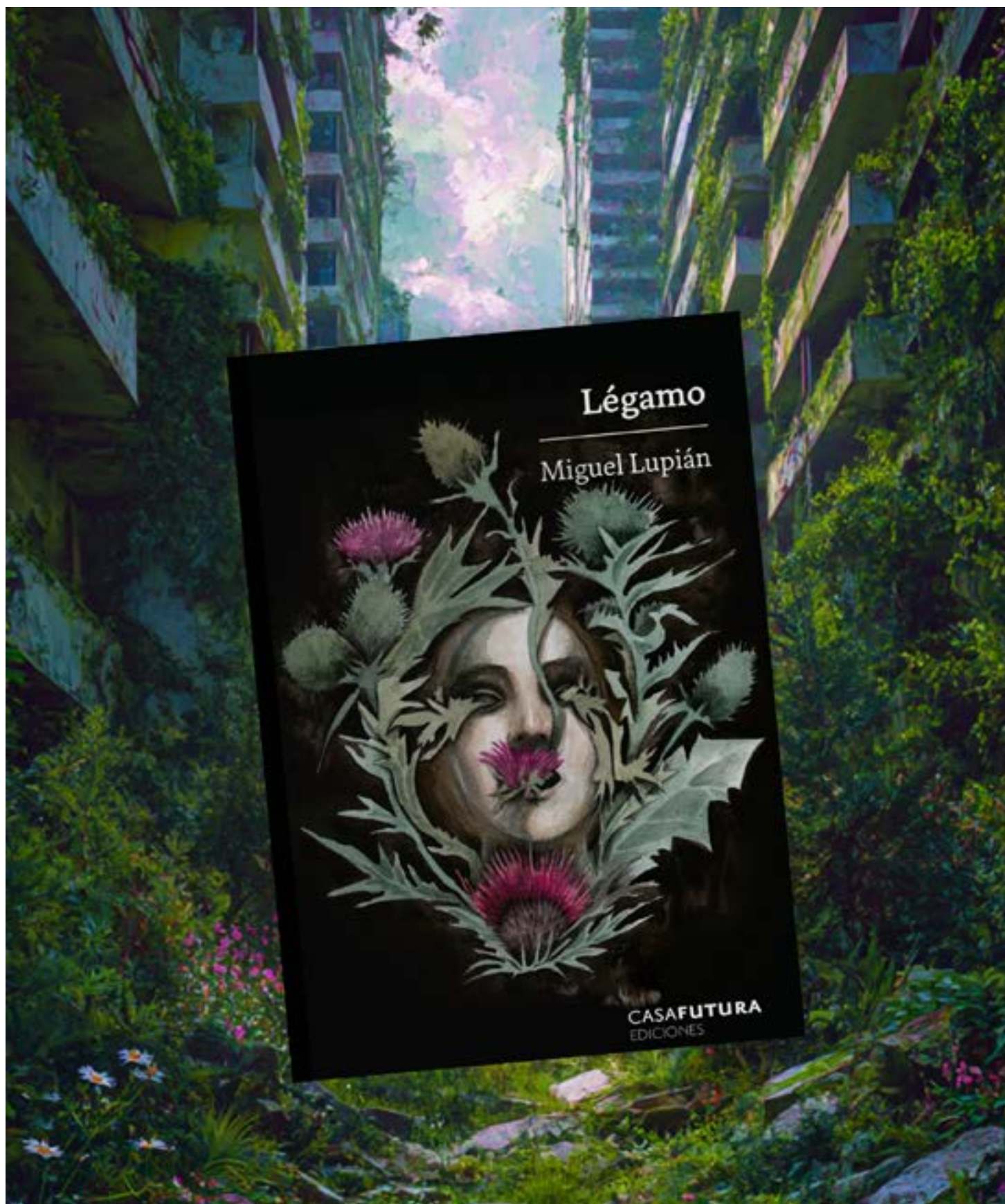
anarquista P. Kropotkin, ya decía en *Ayuda mutua: un factor en la evolución* (1902) que los animales cooperan entre sí para su supervivencia ante los entornos hostiles; dicho de otro modo, “coopera por la existencia” para evitar su desaparición. No sobrevive el más fuerte o el más apto, sino aquel grupo que mejor sabe unirse y apoyarse en otros, y solo así seguirán prosperando. Las abejas de la colmena, la gama madre que ayuda a su cría ciega, los yacarés y el surubí combatiendo el buque, o las rayas con los dorados organizándose contra los tigres y defender a un hombre malherido en el agua, son representaciones de las ideas anarquistas con las que congeniaba Quiroga en su momento.

Puede que en algunos cuentos el hombre sea bueno, pero en su mayoría, las historias son una batalla entre los animales y el hombre (visto como un invasor), y son los animales quienes se organizan para proteger lo que es suyo mediante acciones bélicas y la organización de ataque y cooperación con otras especies. Si bien es mucho más complejo abordar las opiniones políticas del escritor, lo cierto es que tenía tendencias anarquistas en un contexto en el que daba mucho de qué hablar la Revolución rusa y las marchas obrero-estudiantiles influenciadas por las ideologías europeas como el comunismo y el marxismo triadas por la primera ola de inmigrantes.

Si se fue a vivir a San Ignacio, es porque denuncia a la civilización, al capitalismo, al hombre moderno que consume ya que de otra manera se vería imposibilitado de acceder a las cosas que quiere.

Cuentos de la selva fue posible gracias a la desilusión de Quiroga por París y su enamoramiento por la provincia de Misiones. Aplicó a los elementos locales el género fantástico y la ideología anarquista, tan difundida en ese momento.

Es un libro espectacular para fomentar a los más pequeños interés sobre la composición de su país y el trabajo en equipo pero lo más importante: el respeto hacia la naturaleza, porque ella es la primera enemiga del hombre. En tiempos como hoy, donde permitimos que la inteligencia artificial intenta controlar puntillosamente cada una de nuestras acciones y que para existir necesita explotar los recursos naturales —muchas veces no renovables—, algo siempre a ella se le escapa: la sensación de libertad del hombre, primera condición a priori que nos permite entender que nuestra vida es azarosa y retorcida, y se le escapa también la propia naturaleza por su carácter indomable que, a través de devastadoras consecuencias reflejadas en catástrofes naturales, reclama lo que es suyo.



LÉGAMO: LA SELVA DE CONCRETO

ESCORIA MEDINA

Las historias de Horacio Quiroga nos transportan a parajes hostiles donde el ser humano se ve expuesto a la crudeza del ambiente. Puede ser el campo, el bosque, la selva o incluso la ciudad, pero la fatalidad emerge devorando a los personajes, ya sea por cuestiones inevitables como la enfermedad o el medio que lo rodea, los personajes sucumben ya sea física o psicológicamente. Por otro lado, la novela *Légamo* (Casa futura, 2022) del escritor

Miguel Lupian también nos encara a la selva de concreto, más específicamente, a la ciudad de México, donde los edificios y las criaturas que abundan entre los callejones y tugurios son parte de un organismo vivo.

Y no es que el escritor mexicano siga una tendencia a la Horacio Quiroga. Tan sólo habrá que ver lo distante que está el naturalismo con el horror cósmico, pero esta novela, en específico, me pareció un buen ejemplo para retratar la hostilidad que nos rodea y de la que estamos condenados.

En alguna tesis de licenciatura sostenía el hecho de que Emiliano González gustaba de usar la naturaleza como una entidad hambrienta y fatal, claro, con tintes fanáticos de los que carece la obra de Horacio Quiroga. Por lo mismo, Miguel Lupian, siguiendo la línea creativa de Emiliano, crea en esta noción de *natura macabra*, la novela de *Légamo* siendo el escenario una ciudad monstruo que palmita de hambre.

Si bien la prosa breve con la que Miguel Lupian nos introduce al caos en la urbe difiere completamente de la prosa extensa y lírica de Horacio Quiroga, sí encuentro coincidencias donde los personajes buscan su supervivencia, y donde muchas veces, fracasan sus intentos. Dejando en el lector la fatalidad a flor de piel.

Los once cuentos de *Légamo* están atados de raíz por un personaje del que se hace referencia constantemente: el

arquitecto Légamo, el cual, como insignia personal lleva un cardosanto, una flor que habitualmente se encuentra en terrenos baldíos, a la orilla de las carreteras e incluso en panteones. Este personaje ancla sirve como voluntad ante la catástrofe y puerta hacia lo desconocido, siendo el horror parte de la narrativa. Al final del texto nos encontramos con un apéndice, haciendo referencia al “manuscrito encontrado” que sólo aporta más dudas que respuestas y de las que quisiéramos saber más. Algo es cierto dentro de toda esta atmósfera *new weird*, no hay escapatoria: las calles, el ambiente y los muros son cómplices de una amenaza que no se deja nombrar.

Los personajes de Légamo, al igual que los de Quiroga, son seres frágiles, vulnerables y sobre todo conscientes de que la lucha contra el medio es desigual. La tensión no proviene del peligro inmediato, sino de la certeza íntima de que el final trágico es inminente. La criatura está hambrienta y lo engulle todo a la primera provocación. Así es la ciudad que retrata Miguel Lupian, así es el medio donde los personajes de Quiroga exhiben la catástrofe.

Donde el uruguayo levantó chozas en la espesura, Lupián erige torres en un paisaje urbano que se comporta como un depredador. Ambos comprenden que el miedo no se inventa: se hereda del lugar que habitamos.



Légamo

Miguel Lupián



4.39

18 ratings · 2 reviews

A través de once cuentos y un apéndice, Miguel Lupián confirma, mediante la técnica del manuscrito encontrado, un compendio de historias vinculadas entre sí gracias a distintos vasos comunicantes —principalmente por la flor de cardosanto, guita a la obra clásica fantástica de Alfonso Reyes— que entrelazan relatos en torno a toda una comunidad inmensa en una realidad paralela donde la arquitectura cobra protagonismo como ente orgánico.

112 pages, Paperback

Published January 1, 2022

This edition

Format	112 pages, Paperback
Published	January 1, 2022 by Casa Futura Ediciones
ISBN	978607998051 (ISBN) 607998050
ASIN	B09M4JNY11
Language	Spanish, Castilian



MÁS ALLÁ DEL SONIDO: NARRATIVAS VISUALES EN EL DREAM POP

FLORENCIA FRAPP

Hay canciones que, a pesar de estar en un idioma que desconoces o de no tener letra, te transportan directo a un lugar que podrías —o no— conocer en realidad, que bien podría ser solo un lugar creado por tu imaginación. En esta ocasión hablaremos de canciones que te *muestran* un paisaje o una situación protagonizada por un paisaje con solo escucharlas. Hago énfasis en “muestran” porque algunas melodías son tan vívidas que de inmediato te

hacen imaginar escenas complejas.

El *dream pop* es un género musical que se caracteriza por crear atmósferas de ensueño, la mayoría de las canciones de este estilo tienen tantos efectos que realmente te hacen sentir en un sueño, uno lindo, donde flotas en nubes de algodón, donde todo es color pastel, hay conejitos saltando por doquier y mariposas revoloteando a tu alrededor, pero ¿qué pasa cuando el sueño se convierte en pesadilla? Claro que también hay canciones

que, en lugar de llevarte a un cielo rosado con nubes de algodón de azúcar te llevan a una húmeda caverna o a un bosque tan espeso que es imposible salir de él. Como “*Big eyes*” de Lana del Rey que sí te lleva a un jardín hermoso, pero al mismo tiempo es siniestro, sombrío, lleno de plantas carnívoras, bichos y enredaderas espinosas que trepan en tus piernas cuando intentas salir de él. Un lugar que bien podría haber salido de un cuento de Horacio Quiroga.

Cabe recalcar que, dentro del *dream pop*, *dark wave* y variantes, rara vez se recurre a la disonancia para generar estas atmósferas inquietantes como se hace en el cine. Lo que diferencia a una canción “bonita” de una “fea” (hablando de lo que te provoca) son las tonalidades, entre más graves más aterradoras las melodías.

La banda sueca Gothica tiene una canción titulada “Sepulchres” que te conduce a una necrópolis, para ser precisos al momento en el que el cortejo fúnebre avanza hacia el mausoleo entre antiguas tumbas. Cabe mencionar que Gothica integra fragmentos de poemas famosos a sus canciones, en este caso utilizan “A Jarifa, en una orgía” del escritor español José de Espronceda y Delgado.

En el disco *Within the realm of a dying sun*, de la banda australiana Dead can dance, vuelve a surgir esa ilusión en la que la música construye una atmósfera tan envolvente y cargada de sensaciones que te transporta a un cementerio abandonado en medio del bosque —uno de esos que sólo conoces por viejas fotografías— cubierto de musgo, donde el aire parece estancado y cada sonido resuena como un eco de algo olvidado. Escuché el disco sin haber visto la portada y efectivamente, es una fotografía de la tumba familiar de François-Vincent Raspail en el cementerio de *Père-Lachaise* en París

y sobra decir que aunque este cementerio no está en un bosque, tiene tanta vegetación que lo convierte en un lugar tenebroso. “A forest”, del disco *Seventeen seconds* de The Cure, es un claro ejemplo de cómo la música puede crear escenas complejas en la imaginación, aunque esta canción, tal vez, sin la letra, no generaría la fantasía completa. La voz juega un papel importante: las repeticiones de algunas palabras son lo que refuerza la fantasía, como cuando repite “again and again and again” y de pronto estás ahí, perdido en el bosque, corriendo sin rumbo, mientras todo gira a tu alrededor.

Pero no solo grupos que tocan *dream pop* o *dark wave* son capaces de construir estos ambientes, el grupo mexicano Porter es un claro ejemplo. En su primer álbum, Atemahawke, tienen dos temas que reflejan a la perfección esa sensación de estar en un lugar que, por su propia naturaleza, resulta peligroso. En el *track* 1 “El túnel” se escucha el sonido del agua caer en lo que podría ser un pasadizo dentro de una cueva, es inquietante: el lugar es muy oscuro, sofocante y no se sabe qué se puede encontrar ahí dentro. En “Bailando con mi virginidad”, aunque no se está al aire libre, sino dentro de un edificio de departamentos, hasta antes de que Juan Son empiece a cantar, el ambiente es completamente tenso, sabes que algo va a pasar, que algo se aproxima o que vas a encontrar algo desagradable. Para quienes han leído los cuentos que se incluyen en el *booklet* del CD, esta canción musicaliza la historia de “Morgan”, la mujer pulpo que vive en el piso 113.

En la *playlist* que acompaña este número de El Nahual Errante hemos creado —o al menos lo intentamos— un paseo sonoro que va desde el sueño plácido en un campo lleno de flores hasta la pesadilla en la que caminas en círculos por un bosque del que no puedes escapar.



En el monte

LEONORA ZEA

Ni el monte, ni la naturaleza perdonan. Lo aprendí como todo se aprende en esta vida, a la mala. Tenía cinco años cuando mis padres decidieron que mi hermana y yo estábamos listas para acompañar a mi padre en una de sus “recolectas” como las llamaba mamá.

—Tengo miedo— le confesé a mamá una noche antes.

El miedo que sentía a la naturaleza, a pesar de que mi padre era biólogo, era algo normal, pues mi madre no perdía ocasión en repetirnos a mi hermana y a mí que tuviéramos cuidado con los perros, con los gatos, con las arañas, las ardillas y hasta de las hormigas rojas. “La naturaleza puede ser muy cruel” decía mi madre tras ver algún documental de un animal en peligro de extinción mientras yo hacía la tarea.

Antes de partir, mi madre, como toda buena madre, había llenado un botiquín con todas las medicinas inimaginables: vendas, pastillas para infección estomacal, merthiolate, curitas, aspirinas, repelentes y demás cosas, tanto que aquel botiquín se me hacía más grande que mi propia maleta, pero el monte no perdona.

El viaje fue una agonía, como si el monte estuviera tratando de alejarnos entre curvas interminables y vómitos de mi parte, pero al llegar a aquel paraíso, lugar de trabajo de mi padre, todos los males se olvidaron entre las aguas calientes, los *hot-dogs* y las papas fritas. Cuando la noche cayó sobre nosotros, prendimos una fogata,

asamos bombones y fue la primera vez que observé a Saturno, “aquel botón con dos hoyitos” a través de un telescopio. Caí rendida arrullada por el sonido de los grillos y el mirar de las estrellas.

Pero entre tanta calma y belleza, el monte atacó.

Desperté empapada en sudor y mi cuerpo un campo de batalla: ampollas rojas, ardientes me cubrían desde los tobillos hasta los brazos. Mis padres se despertaron asustados por los gritos de su pequeña hija. Mi madre vació el botiquín sobre mi piel, mientras el dolor iba en aumento como una bestia enfurecida. Mi padre por su parte, desmontaba a una velocidad increíble el campamento que una noche antes le habíamos ayudado a armar.

El regreso fue menos insufrible, como si mi cuerpo no aguantara tanto malestar al mismo tiempo y se siguió centrando en el dolor que me causaban las ampollas, sobre todo, las que se encontraba en mis piernas, aquellas que sentía reventar con el puro peso de mi propio cuerpo.

“Picadura de mosco” dijo el médico, con esa voz pasiva que usan los médicos para calmar a los padres. “¿Cómo?” replicó mi madre totalmente sorprendida, sin poder dar crédito a lo que oía.

Las ampollas empezaron a reventar, una tras otra sin piedad. Lloraba mientras, a mi manera, maldecía aquél monte, aquellas aguas deliciosas en las que me había mojado y a su cielo estrellado.

“Cuidado con los perros, con los gatos, con las arañas, de las ardillas, de las hormigas y de los moscos” agregó mi madre a su lista de precauciones, aunque yo sabía que era nuestra culpa. El monte no perdona, y castiga a quienes se atreven a desafiarlo.



AGRESTE NATURA

LEONARDO SANDOVAL MÁRQUEZ

Agreste natura salvación imploro:
de este mi cuerpo en mieles prisioneras,
ya vienen marchando hormigas hambrientas
buscando a mi carne roerla sin fondo.

No dejes mi cuello en manos de hombres
sin plena conciencia de ser ellos mismos,
si pobre gallina sufrió aquel destino
me espera ser ella en cuchillos deformes.

Pondré en almohadón reposo a mi alma
desvanecida ya por invisible insecto,
¿ves mi pálido rostro mostrar otro aspecto
que no sea la ausencia de sangre escarlata?

Escucha a los perros ladrando a una sombra,
le vieron el rostro envuelto en penumbras,
sin vida el caballo su cuerpo en fisuras
se vuelve el augurio del hombre sin horas.

¿Será, natura, piedad lo que veo?
no, es tu rostro de crueldad anciana,
en esta deriva venenos no sanan,
solo conlleva al delirio y tormento.

De sed y de hambre ardiendo la boca
recibo de ti las hieles sin gracia,
la sangre cual río en púas se derrama
y en fauces de bestias mi carne se borra.



DRASK'RA

ARMIN J. ARCEO DURAN

El aire del exoplaneta Drask'Ra no olía a selva; olía a sangre metálica y savia quemada, como si los helechos hubieran triturado una fundición hace milenios y aún expulsaran vapores férricos. Desde la escotilla ventral de la lanzadera Ikarus descendí primero. Soy Adhara Vey-Tal, médico de campo del Escuadrón Harpias, y aquel primer paso me bastó para entender que el planeta no era un escenario: era un depredador.

El visor tradujo la bruma esmeralda en vectores de toxinas volátiles; tres pulsos de advertencia repiquetearon en mis implantes cocleares. El núcleo Aegis de mi bioarmadura emitió un zumbido suave —no de consuelo, sino de cálculo de riesgo—. Detrás de mí, mi hermana Alhena ajustó la Vorpai-Arc al hombro.

«Tres kilómetros hasta la señal de baliza», indicó Orion, la IA de misión, con ese tono neutro que parece impotencia cuando la muerte se oculta entre las hojas. Habíamos venido a buscar a dos compañeros tragados por la jungla, pero Drask'Ra devoraba algo más que cuerpos: devoraba rutas, recuerdos, fe.

El capitán Taar'k Khaaz descendió después; su armadura pesaba como un tótem de obsidiana. Pisó un tapiz de musgo carmesí; las esporas saltaron, pintando el aire de brasas vivas. Dimos un paso y el bosque respondió: ramas fofas se tensaron cual tendones y el suelo palpitó, caliente, como vientre de fiera.

Avanzamos flotando en nuestros Heliofly, alas de libélula cristalinas que susurraban contra el polen pardo. Volábamos bajo para no herir el follaje —un error—. Cada golpe de micro-turbina desencadenaba una descarga sónica: los líquenes de sílice se quebraban con un gemido que arañaba la médula. El synth-human R.U.K. tartamudeó: —Alerta... semántica corrompida... la selva nos está nombrando.

Su léxico se deshizo en ruido mientras reescribía su propio firmware para defenderse de un canto vegetal que solo los circuitos podían oír. Sentí, en mis nanobots médicos, la misma tentación de adaptarse: la selva ofrecía un código genético inmenso, un banquete para cualquier sistema de reparación. Los puse en cuarentena.

Un chirrido subterráneo precedió a la tragedia. A’lan Driss, nuestro geólogo de piel cuarcita, hincó un sismógrafo; raíces traslúcidas hendieron la tierra, atraparon el aparato y su muñeca. Taar’k descargó el filo gravitatorio para liberarlo, pero la herramienta ya era cadáver de metal.

—La jungla crece hacia el ruido —susurró Alhena.

Y el bosque rugió de placer, como si la hubiera comprendido.

Al tercer reloj estelar, Lyshera Quor detectó las biopulsaciones del desaparecido Tiago. Lo encontramos colgado boca abajo, envuelto por lianas que latían como intestinos tibios. Su garganta cuatriarmónica, capaz de derretir blindajes con un canto, apenas era un gemido infantil.

Activé el protocolo Velo de Quirón: nanobisturíes cauterizaron orificios, la Capa Phantom de Alhena actuó de escudo, y Sola’Ki desgarró los nudos verdes. La selva respondió con enjambres de insectos de cuarenta centímetros: alas óseas, aguijones huecos. Se abalanzaron sobre Lyshera; sus aleteos producían un zumbido que rasgaba la voluntad. Ignis —nuestro arsenista— estalló en fuego blanco, incinerando nubes completas y dejando un olor a quitina quemada que recordó a carne y cobre.

Tiago deliraba sobre un “ojo verde que todo lo sueña”. Mientras lo estabilizaba pude sentir cómo la fiebre de Drask’Ra se colaba por las fisuras de su mente: el planeta no mataba solo carne, se alimentaba de identidad.

El sol verde alcanzó el cenit y el calor se tornó viscoso, como si el aire fuera aceite quemado. El sudor interno empañó nuestros visores; la presión barométrica subió en picada. Drones de reconocimiento cayeron al humus; la tierra los absorbió en segundos, como un perro que engulle moscas.

A’lan tropezó y cayó: hongos fluorescentes brotaron sobre su piel mineral, formando alfabetos que ninguno de nosotros quiso leer. Mientras los quemaba con láser quirúrgico, cada chispa liberaba esporas que pintaban el ambiente en neón malsano. —La infección es semiótica —dijo Alhena, temblando—. La selva escribe con cuerpos.

La huida se volvió instinto.

—Orion, vector de retirada —ordené.

—Cielo inutilizable: ciclón de micrometeoros desgarrando estratósfera. Sugiero garganta fluvial —respondió, sin emoción.

Seguimos el cauce de un río de mercurio lechoso, cubierto por membranas que respiraban. R.U.K. imprimió un puente de prótidos cristalinos; al instante las flores vampíricas drenaron la estructura como sanguijuelas plateadas. Lyshera cayó; el agua siseó sobre su dermis anfibia, editando su ADN en vivo. Inserté nanobots, pero sentí que cada uno moría feliz, como peregrino que encuentra su dios en ácido.

La primera muerte llegó sin dramatismo. Los algoritmos cardíacos de A'lan se alinearon con los temblores de los árboles y se detuvieron. Musgo negro cubrió su torso, brillante como obsidiana mojada. Quise llorar, pero la selva bebió las lágrimas antes de que nacieran.

Tiago murmuraba que la jungla soñaba estrellas muertas y nosotros éramos anticuerpos errados. Sola'Ki descifraba profecías en la corteza: mareas de huesos heliocianos. Las esporas habían convertido la locura en idioma común. Mis nanobots, desesperados, golpeaban mis capilares pidiendo permiso para replicar la podredumbre. Desconecté el reservorio y enfrenté el silencio de mis propias venas.

Al fin vimos la Ikarus: medio digerida por raíces translúcidas, respiraba como un animal dormido. Helior —el piloto— calculó un micro-salto orbital: ochenta y siete segundos de cielo abierto.

—No los tendremos —advirtió Alhena.

El claro se cerró. Troncos colosales descendieron como colmillos; hojas anchas como velámenes se plegaron sobre nuestras alas de libélula. Mi guantelete de pulso se volvió bisturí; la espada Vorpai-Arc de Alhena, metrónomo de muerte vegetal.

R.U.K. abrió la rampa; un tentáculo radicular lo atravesó, dejándolo colgar como luciérnaga empalada. Ignis se revistió de fuego puro, seccionó la raíz y selló la brecha con plasma incandescente:

—¡Suban

Nos lanzamos dentro. Taar'k quedó fuera, armadura astillada, rezando plegarias khorg mientras la selva lo abrazaba. La puerta se selló para permitir empuje; su marcador vital se volvió línea plana y silenciosa.

Ikarus rugió, arrancando copas arbóreas. Mientras ascendíamos, vi por la ventanilla cómo la selva se plegaba sobre el hueco que habíamos abierto —como piel cerrando una herida insignificante—.

En órbita, el crucero Helios Ætheris recibió a los supervivientes. Orion calculó catorce mutaciones genéticas latentes, seis traumas psíquicos severos y una pérdida de factor operacional del 68 %. Miré Drask'Ra a través del ventanal: desde la distancia era un jade perfecto, bello e inocente como todo depredador saciado. Recordé a A'lan, a Taar'k, a la cordura arrancada por lianas, y entendí que algunas fronteras no son portales sino advertencias.

—La medicina no cura mundos —musité.

Alhena, con la mirada anclada en el planeta, respondió:

—Ni la lógica cura al hombre que insiste en desafiar a la selva que lo sueña.

Drask'Ra giraba despacio, indiferente. En su superficie, entre las sombras inmensas de los helechos ciclópeos, un resplandor fosforescente brotó y se extinguió: tal vez una hoguera de esporas, tal vez el eco de un nombre que la jungla seguía pronunciando. La compasión no existe en su vocabulario; el planeta solo sabe florecer... y devorar.



INVICTO

ALEJANDRO BENÍTEZ "RADIO NAHUAL"

Sobre la tierra se extendía la muerte. Muy poca luz solar se colaba entre el grueso follaje, con manchas amarillentas iluminando los incontables cuerpos de quienes, durante horas, defendieron su hogar contra multitudinarios invasores. La batalla fue cruenta, estrellando dos ejércitos en un caos digno de ser escrito en las antiguas epopeyas. Algunos heridos se arrastraban en una silenciosa súplica, sólo para ser rematados bajo el implacable avance de manchas carmesíes que desfilaban en el páramo, dispuestos a reclamar todo territorio.

¡Una victoria más! ¡Somos invencibles!

De pronto, la tierra tembló, todo se sacudía bajo los soldados.

Una enorme figura asomó entre la arboleda, opacando la poca luz solar disponible. Sumido en la oscuridad, el ejército triunfador se movió en largas columnas, pues aunque la gran mayoría de ellos era demasiado joven para haber vivido un ataque de esa amenaza, las historias de generaciones pasadas les advertían al respecto. Un salto del monstruo provocó que la tierra se sacudiera hasta derribar algunos túneles subterráneos, por donde algunas hormigas de fuego ya habían penetrado a la fortaleza enemiga para acabar con la agonizante colonia.

Desde la perspectiva de ese adolescente, era un día espantoso, sin nada emocionante. Obligado a despegarse de la cómoda ciudad, paseaba por el parque con una rama en la mano, mientras su familia cantaba a voz en cuello entre humos de carne

asada y rondas de alcohol. No quería ir con sus perfectos primos, siempre opacándolo con diplomas, medallas y un nuevo color de cinta en su uniforme blanco, cuando él sólo podía presumir otro castigo, suspensiones o reportes escolares.

En el suelo, distinguió el movimiento de las columnas rojas. Nunca había visto algo así en toda su vida y quedó embobado con todas esas hormigas de fuego moviéndose como un tapete vivo. Sin darse cuenta, estaba en el campo de batalla, sobre miles de cuerpecillos e incluso, algunas escalaron por sus tenis llenos de lodo que, hasta dos horas atrás, eran de un blanco perfecto.

El ejército observó al gigante, sabiendo que sería un desafío mortal del que muchos no lograrían regresar. Pero ¿su especie no se dedicaba a eso? ¿no nacieron para derrotar enemigos de todo tipo y tamaño? Incluso antes de que, mucho tiempo atrás, el descuido humano los llevara a tierras lejanas y se convirtieran en una amenaza ecológica, las hormigas de fuego siempre estuvieron dispuestas a dar la vida por su colonia. Insectos gigantes, aves, ranas, crías de ganado; nada puede escapar a la marea de lava.

Ese día no era la excepción. Aunque esos batallones estuvieran mermados por la guerra con el hormiguero vecino, así perdieran miles de soldados en esa nueva lucha, lo daban todo por mantener al monstruo lejos de la reina. Los primeros valientes treparon por la suela. Mandíbulas y aguijones chocaron contra los tenis de grueso material sintético sin dañar al enemigo. De pronto, la gigantesca rama se clavó en el suelo y removió la tierra con un estruendo que anunciaba devastación. Decenas de soldados volaron en ese primer ataque, otros no lograron escapar y sus cuerpos se mezclaron con la colonia derrotada.

El joven agitó su vara un par de veces hasta que decidió observar más de cerca el fenómeno. Había visto hormigas desfilando en la ciudad, pero nunca en esos números ni comportamiento. Se arrodilló, aplastando grupos completos con sus piernas, mientras muchas más trepaban por su ropa en silencio. El chico hundió ambas manos en el suelo para tomar un puñado de tierra. Con su nariz rozando el montículo, distinguió cuerpecillos de hormigas negras, despedazados por las mandíbulas del enemigo que, en ese momento, aprovecharon para descender los dedos y el primer mordisco ocurrió.

Sus gritos tardaron en salir. Fue un dolor nuevo, fuerte y sorpresivo que le fue difícil reaccionar. Decenas de mandíbulas atravesaron la piel de sus dedos para afianzarse y luego llegaron los aguijones, microagujas empapadas de veneno que entraron por los poros de la piel tierna, provocando que el gigante agitara las manos en un intento de salvarse.

Antes de que saliera el primer alarido, muchas otras guerreras se habían colado bajo sus pantalones y castigaban pantorrillas, muslos, espalda baja; toda parte vulnerable que hubieran alcanzado en su infiltración.

La paz del bosque se quebró. Los gritos se convirtieron en llanto y el chico trató de escapar, pero sus pies se enredaron con la rama. Un nuevo terremoto sorprendió a la mancha roja, el cuerpo del monstruo aplastaba a cientos de guerreras, pero algunas lograron clavar sus diminutos aguijones. ¡Qué honor para una hormiga morir así! ¡Daban la vida por su colonia!

El veneno se expandió rápido, fuego corriendo por las venas a la misma velocidad que otras trepaban el cuerpo caído para continuar su trabajo. Una, dos, cuatro, siete veces hundían las agujas. Pero la insoportable picazón era el menor de sus problemas pues en medio de ese dolor descubrió algo más: a cada segundo era más difícil gritar, pues su sistema respiratorio comenzaba a hincharse, revelando su grave alergia a algunos alcaloides y en especial, a la piperidina. Antes de que la garganta se pudiera cerrar más, algunos visitantes del parque lograron escuchar gritos a la distancia y se emitió una alerta de búsqueda.

Con manotazos mató a todas las hormigas posibles, debía escapar de esa trampa, que alguien pudiera ayudarlo en el sendero. Sus antebrazos estaban llenos de ampollas y sobre todo, de guerreras cuyas mandíbulas resistían las sacudidas del enemigo.

Los gritos se convirtieron en pesados silbidos. Incluso a gatas era muy difícil mantener el equilibrio y la visión cada vez era más borrosa. Su cuerpo tenía muchas dificultades para combatir esa dosis de veneno. Llegó al camino delimitado con pequeños troncos, donde alguien debía pasar tarde o temprano.

Pocas guerreras le siguieron hasta ese punto, pegadas al cuerpo con imbatible decisión a acabar con el enemigo. La mayoría se estaba concentrando en otro lado, donde el chico, en medio de su escape, había tirado un paquete de galletas. Hora de llamar refuerzos, el combate terminó y era momento de reclamar la gloria para su colonia. Un ejército silencioso e incontable.

¡Una victoria más, somos invencibles!

¡Somos invictas!



LA MÁS MAGNÍFICA DE LAS BESTIAS

IVÁN ARAGÓN MUÑIZ

Para nuestro protagonista, el alpinismo siempre había sido algo más que un deporte o una afición; encontraba en las grandes alturas un santuario de paz. El silencio de la montaña, solo roto por el susurro del viento y sus jadeos de esfuerzo al ascender, junto con los quejidos de la cuerda al tensarse, era todo un bálsamo contra el estrés, la depresión y los quebraderos de cabeza de su vida en la ciudad. Su dirección predilecta para huir de los problemas era literalmente hacía arriba. Era feliz allá en lo más alto, libre, lejos de su odioso trabajo de oficina y de la voz de su estúpida novia y sus discusiones sin sentido. ¿Qué más daba que fuera peligroso? En su mente se decía que si moría allí por un error o un accidente, lo preferiría antes que languidecer en un aséptico y deprimente hospital. Allí estaba rodeado de belleza, sentía su alma en armonía con el entorno, era el lugar donde debía estar y si él fuera inmortal, o un espíritu, no pasaría la eternidad en ninguna otra parte del mundo.

En el punto de su ascenso, donde nos interesa ubicarnos, no estaba muy lejos de la cima. Él se encontraba escalando sobre una pared de granito prácticamente lisa, con muy pocos asideros naturales a los que aferrarse. Era una de las partes más difíciles de cualquier montaña: debía estar concentrado en la rutina de clavar el perno, colocar los mosquetones, conectar las cuerdas, fijar el asegurador, ascender y vuelta a empezar en un ciclo que en aquel tramo parecía interminable. Hizo una pausa cuando escuchó un chillido en lo alto, era extraño y característico, supuso antes de

verlo que se trataba de un águila, pero en todas las veces en las que se encontró con alguna, nunca había escuchado que emitiera aquel sonido. Al mirarlo, constató que en efecto se trataba de un águila real, un ave majestuosa que él siempre había admirado. Pero algo no le cuadraba, quizás fuera que las gafas protectoras estuvieran algo empañadas o sería un efecto del cansancio, pero no era capaz de precisar ni el tamaño y ni la distancia a la que se encontraba el animal.

Parecía estar muy cerca, pues era capaz de verlo hasta el más mínimo detalle, sentía que casi podría tocarla si estiraba el brazo y, sin embargo, debía estar muy lejos de él, por lo que supuso que debía tener un tamaño colosal para crear aquel efecto. El pájaro le devolvió la mirada con la expresión severa que siempre había caracterizado a los de su especie, planeó directo a la montaña, muy por encima de él, y desapareció, por lo que éste dedujo que tendría su nido allí arriba.

Aquello lo animó a escalar con más brío. Quería verlo de cerca, ya que aquello era una oportunidad con la que no había gozado en todos sus años de alpinista. Tenía la clara intención de hacerse un selfie con aquel rey de los cielos y su posible descendencia de fondo. Pensó en su novia y en lo que se estaba perdiendo por su carácter de mierda. La última vez que se vieron, él solo buscaba un poco de ternura tras varias jornadas de trabajo insoportables, fue a su casa y la abrazó por detrás buscando consuelo, y se encontró con una arpía rabiosa, sin motivo evidente para él. Luego, ella se arrepintió, pero él había llegado a su límite. Las vacaciones que había programado para hacer senderismo juntos, las cambió por los planes para escalar una montaña él solo, y por mucho que ella suplicara perdón, el hombre fue tajante y la dejó apartada unos días, un castigo justo por ser parte de sus quebraderos de cabeza. Tardó un buen rato en llegar a donde había perdido de vista al pájaro, estaba más alto de lo que pensaba. Aferró sus dedos al borde de un amplio espolón que sobresalía de aquella pared de granito y con un último esfuerzo se asomó. Al principio, tuvo la impresión de ver a una persona de pie cubierta de una especie de manto de inmensas plumas marrones. Pero era su cerebro que tardó mucho en procesar el tamaño descomunal de aquella ave.

El animal le devolvió la mirada con sus ojos ambarinos llenos de ira y tan pronto como lo hizo se encorvó y dirigió sus pasos hacia él. Del susto, el hombre se soltó, y aquello fue lo que le salvó del primer picotazo, el cual impactó en el lugar dónde antes estaba su cabeza, haciendo saltar por los aires pequeños fragmentos de roca. El alpinista se precipitó solo dos metros antes de que la cuerda alcanzara el tope y quedó colgado totalmente aturdido, más por la sorpresa del encuentro que por el golpe contra la pared de la montaña. Cuando miró arriba, el águila estaba ahí, asomándose. Su cabeza triangular era casi tan grande como la suya y sus ojos parecían expresar una inteligencia antinatural. Viendo que desde ahí no lo podía alcanzar, el ave emprendió el vuelo para atacar desde otro ángulo. Él tenía la intención de descender lo más rápido que podía, pero tenía problemas para alcanzar el perno más alto. Entonces, todo se ensombreció, y el dolor más intenso y lacerante que había experimentado en su vida lo atenazó en su costado y su muslo derechos simultáneamente.

Vio como las garras negras y curvas atravesaron sus vestimentas y se hundieron en la carne, tiñéndolo todo de rojo carmesí. El águila trató de arrancarlo de la pared aleteando furiosa. Él chillaba agónico mientras quedaba suspendido en el vacío, con su depredador tirando de un lado y el resistente mosquetón sujetándolo por el otro.

En su lucha por liberarse, logró dar una patada en el pico del animal e hizo que lo soltara. De nuevo se estrelló contra la pared, sin embargo, la adrenalina disparada no le dejó perder la consciencia. Su sangre caía al abismo en hilos rojos que se deshacían por el viento y sus chillidos de agonía hicieron eco en las alturas. Pero no tuvo tiempo de recuperarse antes de que aquella bestia alada volviera a atacar. Esta vez, sus garras se aferraron a la otra pierna y volvió a tirar de él para separarlo de la montaña

Sólo la desesperación le hizo sobreponerse al dolor, echar mano al mango del piolet, que colgaba de la mochila, y golpear con todas sus fuerzas. De suerte, la hoja curvada atravesó el ojo izquierdo del animal y asomó la punta por el derecho. El pájaro aleteó frenético mientras agonizaba, y al poco rato soltó su presa para caer al vacío haciendo espirales.

Tras practicarse unos torniquetes de emergencia, el hombre trepó hasta el saliente a duras penas. Rodó por el suelo y tras recuperar el aliento, se atendió como pudo los destrozos que le había hecho el animal. Necesitaba atención médica urgente, pero le pesaba el desaliento de saber que aún le esperaba un descenso infernal y un largo camino hasta la civilización más cercana. Descubrió una cueva, desde donde estaba le llegaba el sonido de unos graznidos agudos y, movido por la curiosidad, se arrastró hasta allí: en medio de un suelo sucio y cubierto de huesos de distintos animales y ropas desgarradas y enrojecidas, seguramente de otros alpinistas, descansaban unos polluelos de águila, los cuales tenían el tamaño de gallinas adultas. Las crías, al verle, se acurrucaron todas juntas en una pared espantadas.

El hombre se preguntó cuánto podría valer un ejemplar de esta magnífica especie y si valdría la pena vaciar parte de la mochila para portar uno o dos polluelos. La posible fortuna le haría olvidar volver a la oficina y buscar una mujer más agradecida que la que le esperaba en la ciudad. Sus ambiciones se congelaron de golpe cuando oyó un golpe seco a sus espaldas. Al volverse, se encontró a sus pies con el cadáver de una cabra montañesa, ferozmente decapitada. Al levantar la vista, vio su propio rostro reflejado en un par de círculos ambarinos.

En lo que le quedaba de vida, el hombre aprendió un par de lecciones. Una fue que estas aves podían aparearse de por vida, en una relación mucho más estable y exitosa que la suya propia. La segunda fue que la venganza es un instinto natural y, al igual que la propia naturaleza, siempre será cruel.



DURMIENTE

DANIEL GREENE

Atracaron en la isla Durmiente con la luz del amanecer. Los mástiles de madera crujían al contacto con las olas y un montón de grumetes primerizos se apiñaron en la cubierta para desembarcar. Beryl miró por el portillo desde el nivel inferior; hacía años no se encontraba con cicas tan grandes como las de la Durmiente, plantas generosas que brindaban alimento, cuyas fibras se trenzaban con facilidad y cuya madera servía para hacer lanchas. Tal vez Beryl podría montar una hamaca entre sus troncos. No lo hacía desde hace mucho. Tomó cuerda, un par de grandes lienzos y ayudó a preparar un refugio para la tripulación. No necesitaban gran cosa: se quedarían por lo mucho un mes, sólo lo suficiente para resurtirse de agua dulce y comida, y reparar imperfecciones. Después de ese descanso, los esperaba el último trecho de su viaje: seis meses hasta el País del Oro, el de la fortuna sin igual. Desde la primera vez que vendieron a Beryl como esclavo, él solo deseaba estar tranquilo, no pelearse con otros sin razón. Si llegaba a viejo quería hacerse de una cabaña cerca de la costa donde pudiera estar en paz.

Se le pidió a Beryl y a tres de los más jóvenes buscar alguna planta comestible por lo que se internaron en la espesura abriéndose paso con un machete. Las plantas arañaban sus piernas, los mosquitos devoraban sus rostros, pero los tres muchachos pasaron el trayecto entre carcajadas mientras Beryl los seguía unos pasos atrás. Al trío le resultaba cómico adjudicar colores improbables a la vegetación y señalarlas

a Beryl como un enorme hallazgo. ‘Mira, Beryl, ¡una flor azul!’, ‘¡una roca roja!’ Él solamente caminaba. El entorno de Beryl se trazaba en grises desde que nació y no tenía idea de los colores desterrados de su realidad. Pero el color no le hacía falta; el juego de la sombra y la luz, las siluetas y los olores y las texturas de todo alrededor conformaban la belleza de su mundo.

Entre las notas húmedas de la brisa, Beryl captó un polvo familiar: el polen de una palma dispersado por el viento del norte. Se adelantó al grupo con tal decisión que los otros no tuvieron más que seguirlo. Lo encontraron trepando el largo tronco de una palmera, acomodándose en la copa. Con la agilidad que sólo se obtiene con la práctica, cosechó montones de a lo que los muchachos les parecieron frutos, más bien semillas con un exterior carnoso. Una por una fue examinadas y, las que Beryl juzgó dignas, las guardó en el morral mientras que el resto las dejó caer entre las hojas. Aburridos y con antojo de carne, los grumetes se dedicaron a cazar los pájaros que aterrizaban deseosos de semillas. Las pequeñas aves se dejaban atrapar, adormiladas tal vez por la hora y el calor húmedo; también encontraron una decena de murciélagos de la fruta, dormidos todos bajo la copa de un árbol.

Con la puesta del sol, los tres jóvenes regresaron con carne suficiente para la tripulación y, detrás de ellos, la piel oscura de Beryl se confundía con los árboles; todos ignoraron su morral de semillas en favor de la caza. Se encendió el fuego y algunos empezaron a cantar. Mientras cenaban, el contraamaestre contó el origen del nombre de la isla y por qué un terreno en tan ventajosa posición seguía siendo un despoblado. ‘La isla está maldita’ clamó él, que aseguraba haberla descubierto con el famoso Marco Bilbao hace más de una década. También hallaron tierra fértil y una pequeña tribu de salvajes, tan confiados de ser los únicos en el mundo que sus hombres hilaban en vez de pelear. De cualquier modo, Bilbao mandó deshacerse de todos los varones adultos, colgó sus cadáveres de las cicas para evitar en los salvajes cualquier insurrección. Sorprendió a todos los marineros la gran mano de obra encontrada en aquella isla, lo estoico de sus mujeres, la superficial indiferencia. Marco Bilbao escribió en sus cartas que la tribu entera parecía encontrarse en un estupor continuo y bautizó el lugar ‘La Durmiente Esperanza del Corazón de Jesús’. Describió que sus pobladores vivían de la pesca y de las semillas de palma, ignorando por completo las aves y las criaturas de la tierra. A veces llegaban las cazadoras con un jabalí, cuya carne de regusto especiado encantó a los marineros.

Aquí pausó el contraamaestre para indicar que ese sabor caracteriza solo a la carne de esta tierra y que valdría su peso en oro si la maldición les permitiera comercializarla. Antes de entender su fatal porvenir, se corrió el rumor entre los marineros de voces que provenían de la jungla, sueños lánguidos donde se fundían con la arena y el mar los sepultaba. Poco a poco, el sueño contaminó su realidad; algunos dedicaban las horas libres a ver hacia la espesura, murmurar a la nada en maligna ensoñación. Sus pasos derramaban pesadez como quien camina contra la marea. A tres meses de su llegada, la debilidad en los músculos de los malditos los confinaba a sus chozas, atrapados en dementes conversaciones con la nada. Días después, se hundían invariablemente en un sueño del que nunca lograban despertar. Se probó de todo: darles exceso de carne o no darles de comer, decenas de tinturas y pócimas y sales. El doctor del barco, un hombre que podía adjudicar a la ciencia casi cualquier cosa, solicitó encomendarse a la Virgen para encontrar una cura. Marco Bilbao notó

que los salvajes, somnolientos desde que los vio la primera vez, no caían víctimas de la exótica aflicción; así que ordenó al puñado de sobrevivientes, algunos de ellos ya malditos, vigilar aún más de cerca la cotidianeidad tribal. Pero los salvajes solo obedecían con resignación, excepto en las danzas autóctonas que les dejaban hacer tras la misa y el catecismo. Bilbao supuso que se debía a estas actividades y decidió disolver la tribu por su transgresión. Mataron a las mujeres después de usarlas y a los ancianos les pidieron caminar al mar. Los pocos niños que consideraron útiles fueron vendidos como esclavos; los huesos de los demás yacían en una fosa común. Pero la maldición no se detuvo sino hasta que Bilbao murió. Los marineros que quedaban se hicieron a la mar y esparcieron la historia de la Durmiente maldita. En esos diez años, concluyó el contraamaestre, el mal ha permeado la tierra: tripulaciones de otros barcos se han visto afectadas siempre que buscan colonizar y desde entonces no ha habido nadie que ponga pie en la isla.

Para entonces todo el mundo ya había acabado de comer excepto Beryl, que no probó bocado durante la historia entera. Echó a remojar las semillas preparadas y se arrulló con la imagen de una cabaña junto al mar. Recordó aquellos meses terribles de su infancia, cuando tenía otro nombre: el olor nauseabundo del cadáver de su padre al arder, su tímida hermana mayor orando en susurros. Su madre les pidió seguir como si nada, despertarse temprano para ir a las palmeras. La mañana después de la masacre de los varones, una vez establecida la sumisión de Wa'Pal Mab, Beryl y dos adolescentes encabezaron la selección de las semillas. Lo que para el resto de la tribu era un suntuoso follaje, para ellos tres se miraba como una mezcla de grises cuya misteriosa navegación aprendieron de sus antepasados también daltónicos. Se detuvieron alrededor de un grupo de cicas, admiraron las copas moverse en su orgánico compás. Un niño de seis años, menor que Beryl por una semana apenas, trepó por la palma y hundió las manos en el cono: arrancaba las semillas y las dejaba caer hacia enormes lienzos. Entonces los dos muchachos y Beryl se sentaron para seleccionar, eran los tres poseedores del ojo avisor. Pero la sugerencia fatídica no vino de ellos sino de los susurros de la hermana de Beryl: con palabras pequeñas, como quien no quiere la cosa, sugirió llevar carne de jabalí como tributo a los colonos.

Días más tarde, la gente de Marco Bilbao empezó a cazar por cuenta propia a las aves adormiladas del lugar. Creyeron haber dominado la isla, se levantaban después del amanecer y disfrutaban del viento salado, las olas yendo y viniendo. Por su parte, la tribu hacía lo propio: esperar y trabajar, pero los alcanzó primero el exterminio de la superstición. Vendieron a Beryl a un barco mercante, luego a un grupo de exploradores. Poco a poco el tiempo le hizo olvidar su idioma y el nombre que su madre le había dado; al menos sabía que el Contraamaestre no estaba en la isla cuando llegó Bilbao, que escuchó la historia en algún muelle lejos de la isla. Para Beryl, acurrucado en el insomnio, se volvió claro que esas serían las últimas noches como parte de una tripulación; pasaría una semana más en la Durmiente, ayudando a cazar jabalíes y lavando las semillas de palmera, enjuagándolas y volviéndolas a lavar. Solo hasta la noche antes de partir las molió en una harina rústica con muy suave regusto a maldición. Subieron los barriles de agua dulce, sacos de semillas venenosas, medio año de carne seca de murciélago y jabalí. Beryl tomó para sí mismo sólo un costal de sus semillas, cangrejo ahumado y un trozo de tronco de palmera. Tejería una hamaca en

su tiempo libre, repararía los pequeños botes que usaban para reconocer el terreno. Y cuando quedara solo entre malditos de la ensoñación, probaría suerte en las olas hasta encontrarse una isla diminuta, donde construiría una cabaña cerca del mar.

Siglos después, cuando se realizaban estudios sobre la *Cycas achromatopica*, los científicos entendieron que la toxicidad de su semilla puede estimarse tras una observación atenta de su tono y textura visual cuando se le observa tras un filtro monocromático; concluyeron también que dicha textura es imperceptible al tacto del hombre común, y que la gran incidencia de daltonismo en la población autóctona de la antes llamada Isla Durmiente pudo ser un peculiar mecanismo fisiológico de adaptación. Suponen los biólogos que la cotidianeidad en la isla y la atenta observación de la fauna enseñó a la tribu la prudencia de evitar todo consumo de animales que consideran la semilla como parte integral de su alimentación. La carne de los murciélagos de la fruta, las aves y los jabalíes tiende a la bioacumulación excesiva de la sustancia a pesar de su relativa resistencia a los efectos tóxicos por lo que una dosis letal media para una persona común resultaría solamente en un ejemplar adormilado e inusualmente sencillo de capturar gracias al efecto sedante y psicoactivo que produce una leve intoxicación. La tribu se considera exterminada por la masacre colonial; los últimos sobrevivientes se dispersaron sin dejar huellas en la historia.



LAS SIETE VIDAS DE UN QUELONIO

ANALÍA ROMERO MARTÍN

¿En qué momento, mi horizonte se limitó a aquellas deprimentes paredes de cartón?

De dónde vengo, el ambiente es cálido, semiárido y de una vegetación variada. Hay charcos y lagunas y nos resguardamos en rocas, arbustos e incluso cuevas excavadas en el suelo (no en una caja de mi*rda, como en este caso).

Por suerte, los malparidos se acordaron de sacarme de esta celda y mis posibilidades de desplazamiento aumentaron (aunque esta casa, no deja de ser una cárcel).

El piso encerado es muy resbaloso y uno anda como si estuviera pisando cáscaras de banana todo el tiempo, pero no me quejo. Cualquier cosa es mejor que el encierro.

Ese día, mientras atravesaba el comedor como una patinadora novata, una especie de grúa llena de pegotes de manzana y galletas, me arrebató del suelo...

Cuando ingresé a ese túnel oscuro y baboso, mi cabeza y mis patas desaparecieron por completo dentro del caparazón.

Automáticamente, me convertí en una camioneta verde, blindada.

Mi depredador no superaba los ocho meses de edad y al parecer, me había confundido con una hamburguesa.

Creí que iba a morir del susto, pero el que murió fue él, atragantado.

Me interpose de tal manera entre su garganta y el oxígeno que el acceso de aire resultó imposible.

Él se puso morado como una berenjena. Sus signos vitales se apagaron y todo intento por reanimarlo fue en vano.

Con ayuda del sol, aquel asqueroso líquido salival que me había quedado en todo el cuerpo se secó.

Pensé que, muerto el niño, por fin tendría paz. Sin embargo, a eso que denominaban “velorio”, llegó un hermano del dueño de casa con sus tres hijos.

Llenaron el *living* de flores y colocaron el cuerpo del bebé en una caja similar a la mía, aunque ésta era alargada y de madera.

La habían situado en el centro de la habitación y todos se acercaban a llorar acongojados.

¡Hipócritas!... Yo pasaba días enteros olvidada en mi cajita, sin que nadie siquiera se asomara.

Los niños se pusieron a jugar a la mancha venenosa alrededor de la caja y ésta tambaleó, amenazando con caer.

Debo confesar que los cachorros humanos no me simpatizan.

Sin embargo, gran parte de los adultos se desentienden de sus crías y con tal de no ponerles límites, los dejan jugar con sus b*las.

Ésta vez no fue la excepción.

Los grandes prepararon café y mandaron a los chicos, sin supervisión alguna, al patio. Y¿quién estaba allí?... Pues, yo...

A falta de pelota, no tuvieron mejor idea que llevar a cabo un partido de fútbol conmigo.

Nuevamente, debí encerrarme en mi casa.

En una de sus bestiales patadas volé al patio del vecino.

“Esta es mi oportunidad de escapar”, me dije, pero los de mi especie, no nos caracterizamos por correr maratones y me atraparon enseguida.

Yo seguía atrincherada en mi domicilio y aterrada, me oriné.

Uno de los engendros, trató de sacar mi cabeza haciendo palanca con su dedo índice y de tanta saña me aplastó un ojo. El otro (más creativo) propuso que me arrojaran agua caliente para obligarme a salir.

Por fortuna, la madre los detuvo cuando intentaban llevarse de la cocina la pava aún humeante.

Para mantenerlos ocupados, los invitaron a dibujar.

Lamentablemente, cuando el papel se les terminó, los Da Vinci de bolsillo continuaron pintando sobre mi caparazón.

Al cabo de unas horas, cerraron aquella caja y se la llevaron.

Tengo entendido que acostumbran enterrarla. Nosotras, las tortugas, preferimos enterrarnos, sin caja de por medio...

Unos días después, las molestas visitas se marcharon, pero nunca llegaron a destino. Mediante una llamada telefónica informaron que los había arrollado un camión en la Panamericana.

Pobres, deben haber necesitado unas cuantas cajas más...

[...]

Con el tema de la hibernación me desenchufé del mundo por completo. Cuando volví a despertarme, el frío se había ido y los habitantes de la casa también.

En la absoluta soledad sentí que aquello era el paraíso. Convertida en la Eva de las tortugas, me alimentaba de plantas, raíces, tallos y semillas. Lástima que me faltaba un Adán para compartir mi vida.

[...]

Mis vacaciones de humanos terminaron con el arribo de la nueva inquilina, la cual rondaría los setenta años...

“Al menos, si tiene hijos, deben estar criados” pensé con mezcla de ilusión y entusiasmo. Aunque rápidamente, me dí cuenta que, por la edad de la señora, existía la posibilidad de que tuviera nietos y se me borró la sonrisa...

Con el único ojito que me quedaba, curioseé entre los yuyos.

Ella parecía amigable así que me dejé encontrar. Se inclinó mientras se quejaba por su dolor de cintura y me puso suavemente sobre la palma de su mano.

–Te llamarás Caty– murmuró con dulzura.

Yo emití unos resoplidos y gorjeos para decirle que ya tenía un nombre...

–Me llamo “tortuga”, vieja – protesté con fastidio.

Nada más entrar, la doña se sentó frente a la máquina de coser y dió inicio a la confección de un pequeño vestido y un sombrero.

–Quedarás hermosa– comentó emocionada, mientras me miraba detrás de aquellos lentes que se asemejaban a un par de lupas.

¡Madre mía, qué fea era!

Sus ojos celestes se veían gigantes como los de un búho y me daban miedo. Aunque no tanto, comparado al momento en que me colocó dentro de aquella ropa.

No necesité demasiado tiempo para percatarme de que se trataba de una solterona desquiciada que me adaptó como su hija.

Cuando se colgó una cartera al hombro y se marchó, aproveché para tratar de desatarme aquel listón de raso rosa que terminaba en un gran moño debajo de mi cogote, pero fracasé en el intento.

Fue la única vez que me alegré de no tener amigos porque, si me hubieran visto con aquel mini sombrero de Laura Ingalls, se hubieran burlado durante un mes entero.

Ella no demoró en regresar con un enorme paquete.

Al romperlo, dejó al descubierto una cuna de juguete...

Algo me decía que era mil veces mejor el bebé catador de tortugas que este geronte, pretendiendo jugar a las muñecas conmigo...

Nuestra rutina era la siguiente:

Por las noches, me bañaba con champú y jabón de bebé; me perfumaba con agua de azar; me arropaba y me acostaba boca arriba en la cuna.

Yo la insultaba, tratando de hacerla entender que dormir en aquella posición no era nada saludable.

La vieja, desde luego, no entendía el idioma de los testudines.

No sé qué era peor: si pasar horas enteras mirando las manchas de humedad del techo o aquellos besos que me llenaban de pintalabios rojos la cara...

Lo único que puedo asegurar es que mi agonía duró dos meses y la suya, apenas una semana...

Gracias a los vómitos, diarrea y ese fuerte dolor abdominal que le provoqué, la anciana quedó fuera de juego...

Las comorbilidades que tenía facilitaron su muerte por salmonella enteritidis.

Una sobrina-nieta llegó en busca de sus pertenencias y se apiadó de mí, quitándome aquel ridículo vestuario.

¡Qué curioso!, ¡era la primera humana en el mundo, que me caía bien!...

Quise darle las gracias, pero, como ya les había mencionado, estos individuos no manejan el “tortuñol”, así que no fue posible.

[...]

Pasaron dos años desde que aquel matrimonio me puso de patitas en la calle por considerar que traigo mala suerte. Desde entonces, estoy caminando rumbo a Santiago del Estero... La provincia donde nací y de donde aquel campesino me robó para venderme a los turistas en la ruta.

Tengo esperanzas de encontrar a algún integrante de mi familia (sobre todo porque nos caracterizamos por llegar a muy longevos).

Ruego al Dios de los Galápagos, que mi camino no sea interceptado por ninguna obsesiva de la juventud eterna como Demi Moore, y cuyas intenciones sean convertirme en crema para arrugas o peor aún: terminar en un restaurante exótico, donde uno de los menús sea sopa de tortugas...

De lo contrario, me veré obligada a volver a matar...



CORTEJO

DANTE MÁRQUEZ MARTÍNEZ

Roberto llegó tarde. La faena en la fábrica maderera lo había consumido; solo quería llegar a beber un poco y descansar. Pero ahí, esperándolo en el pórtico de la enmohecida y crepitante cabaña, en medio de la selva brumosa, aguardaba su mujer, la autodenominada señora Esperanza de la Mallé, cuyo nombre y apariencia verdaderos eran conocidos únicamente por Roberto.

Su relación de veintidós años había sufrido una metamorfosis desde que Roberto se había enterado del secreto de su señora. Pero el hombre, famélico y viejo, ya se había acostumbrado a sus usuales demandas.

—Roberto, hazme el amor —rogaba Esperanza ciertas noches de luna llena y selva cálida.

—No, estoy cansada, anda ve al baño y háztelo a ti mismo —decía ella en otras noches, irritada por el frío de un cielo nublado que irrigaba, con sus frías y gruesas gotas, tanto al suelo como al carácter de Esperanza.

Esa noche, de pululante neblina caliente, la petición, en cuanto el jorobado hombre puso su pie descalzo en el podrido tablón de madera, fue peculiar y un tanto sorpresiva; incluso lo hizo olvidar sus cervezas frías y su sofá.

—Cariño, Roberto amado —dijo Esperanza tomando a su marido de la camisa con sus manos, largas y flacas—. Quisiera que pasaras al comedor, he preparado algo delicioso.

Roberto sabía que era una ocasión especial. Ella nunca le preparaba los alimentos. Dejó el sombrero sobre el perchero y se dirigió al viejo comedor. Esperanza le abrió la silla y le tendió una servilleta de suave seda sobre el pantalón. Roberto agradeció y frente a él, observó aquello tan sabroso que había cocinado Esperanza: colibríes asados con un toque de frijol enchilado. Era el momento, pensó, se acaba el suplicio de aguantar las jornadas laborales, la eterna irritabilidad de su esposa y el acalambramiento de sus articulaciones.

Mientras Roberto, gustoso, masticaba cada huesecillo de las pequeñas aves, Esperanza de la Mallé, pasaba el cuchillo por el afilador, fijando sus ojos saltones y blancos en el brillo metálico. Saboreando, sintiendo como su piel se erizaba al pulir cada centímetro de la hoja.

Roberto quedó exhausto, lleno, como si hubiera dejado atrás su composición delgada, casi esquelética. Se sentía capaz de experimentarlo, de fundirse con su mujer en su verdadera esencia. Podría despedirse, con convicción de las cervezas en la hielera y del cómodo sofá deshilachado. Esperanza regresó al comedor.

—¿Lo has disfrutado, amado mío? —preguntó cerrando sus pálidas manos en la barbilla de su esposo.

Él afirmó, se levantó y mientras la tomaba de sus finas cinturas, la besó. Sus labios, pequeños y quebrados, tenían un gusto salado y vegetal. En su creciente y delirante pasión, movió sus ahora musculosas manos a los glúteos de Esperanza, quien comenzaba a sudar un líquido verdoso. Los besos con sabor clorofila no esperaron a ver la cama. En el sillón sus cuerpos se encontraron. El secreto, tanto tiempo guardado por Roberto, se hizo éxtasis; después de eso no habría más. Él anhelaba el fin, su fin. Sus bocanadas de placer se hicieron uno con los ecos de la selva, con el criar de los grillos, con el goteo sobre las bromelias, con el susurro de los monos, con el andar de los insectos. La etérea niebla selvática cubrió sus cuerpos desnudos entre besos y caricias. Nadie supo cuántas horas pasaron. Roberto terminó exhausto en el sillón, respirando en calma y con una sonrisa que alimentaba su rostro. Esperanza, envuelta en sábanas que cubrían su azulada, casi endurecida, piel, había tomado el cuchillo.

—Gracias, amado mío, por soportarme tantos años —dijo, levantando el cuchillo, dirigiéndolo hacia el carnosos y palpitante cuello de su marido—. Aquí la recompensa de tu paciencia y tu silencio ante ese secreto que te hizo cargar conmigo.

La punta metálica se hundió en la suave carne. La sangre brotó, manchando por doquier con su opaco líquido escarlata.

—Ahora yo cargaré con lo tuyo.

Roberto tuvo un leve espasmo, después su cuerpo se quedó quieto, bañado por su propia sangre. El aliento se le había esfumado.

Más tarde, la señora Esperanza de la Mallé, arrancó la cabeza de Roberto e inclinando su cara, comenzó a alimentarse de cada pedazo de carne, nervio y hueso, usando sus dientes alargados y retráctiles para cortar los tejidos. Esperanza no dejó rastro de la cabeza. Enterró al día siguiente el cuerpo en lo profundo de la selva, dejó sobre la cruz de madera un esqueleto de colibrí y una flor blanca. Después se internó en la selva y no se le volvió a ver jamás. Lo único que dejó, según unos obreros de la fábrica maderera, fueron un par de esferas alargadas adheridas al pórtico de la vieja

cabaña, que tiempo después desaparecieron para dar lugar a la nueva progenie de seis patas, garras en las manos y cuerpo de apariencia humana del matrimonio de la Mallé.



AQUÍ NOS DESPEDIMOS

VIVIANA Y. MENDOZA H.

El coyote lo observaba, estudiándolo, midiendo su capacidad de seguir luchando. Era un depredador experimentado y notó que sus pasos ya no eran tan veloces como al principio; en ocasiones le costaba respirar mientras se esforzaba por no quedar rezagado a pesar de que eso le causaba un cambio drástico en su pulso. Su desgastado corazón seguía luchando por llegar lo más lejos posible.

Hugo suspiró al sentarse bajo uno de los pocos árboles. Necesitaba ser grato con su corazón, su gratitud debía ser más fuerte que su orgullo al ver cómo los otros del grupo lo miraban con pena. Alguien le ofreció un poco de agua, un poco más fresca que su propio sudor. Tomó tres tragos antes de devolverla con una sonrisa y un “Gracias” que no habría podido salir de su garganta sin ese gesto solidario.

Eran las primeras horas de la mañana y la caminata nocturna sólo fue posible gracias a la experiencia de su guía y la paciencia de todos. La noche no era tan silenciosa como algunos dicen cuando hablan del desierto, porque no lo han vivido mientras se sienten acechados por cualquier posible riesgo. Se teme a la migra tanto como a un puma, una lechuza, un alacrán o a una víbora de cascabel que no hayas visto cruzar tu camino mientras estás atento a quienes van delante de ti para no perderse en las cambiantes dunas de Samalayuca.

Todos lo saben mientras se preparan y revisan sus cosas con mucho cuidado por si acaso se metió “algún bicho” en las pocas horas que se dieron el lujo de dormir mien-

tras los coyotes velan por turnos, atentos al narco y la migra, a los susurros dentro y fuera del campamento y el llanto sin lágrimas de quienes extrañan a sus familias. Eso fue anoche, desde hace unas noches, Hugo ya no lo sabe bien porque la noción del tiempo se le escapa de la mente como arena entre los dedos.

El coyote se desespera y se acerca para jalarle la mochila. Hugo se resiste un poco a lo que parece un robo y luego cede cuando Rufino le dice que quieren “aligerarle la carga” mientras se reanima. La tristeza en sus ojos no sostiene su mentira.

“Estoy repartiendo mi herencia en vida”, piensa Hugo mientras agarra las correas de su mochila y siente cómo el peso cae de sus hombros y consigue levantarse; camina.

A sus piernas las recorren rayos de una tormenta que no refresca ni termina. Los calambres lo retrasan mientras se esfuerza en levantar los pies como si los tuviera cubiertos en un lodazal y no sobre la polvosa vía trazada por muchos antes de él. Borrada por el viento que mueve la arena como el aliento impulsa la sangre en sus venas.

El Sol avanza sobre el horizonte. En otro desierto, en otra existencia, la gente lo veneraba como un dios de vida. Hugo no quiere perderse en esa fantasía que le causa la fiebre noche y día desde que se alejaron de la carretera y la gente “civilizada” para que no los deportaran.

La bendita carretera “Panamericana” con sus charcos ficticios, espejismos. Ilusiones como el llamado “sueño americano” que se desvanece en cuanto te acercas. Esa carretera entre Chihuahua y Juárez... seca y caliente como su piel, que arde; seca como buena leña para esos calores infernales.

Hugo sabe que delira y sus pies se mueven solos. Él y los otros migrantes siguen al coyote como pollitos. De ahí la gente les dio su otro nombre que combina con el de las otras aves que se parecen a ellos. Gavilanes polleros.

Llega el mediodía y Hugo no tiene hambre, sólo las tripas retorcidas luego de vaciarse después de cada comida. Le da su porción a Lupita y ella le dice “ángel” con una sonrisa de niña. Igualita a la de su hija en la foto que lleva pegada a una imagen de la virgencita. Ahora su cabeza también pulsa, late con la nostalgia de un hogar siempre ausente. Con la hora de la comida, la tregua termina. Rufino lo busca para ayudarlo. Hugo le susurra. —Aquí nos despedimos. Muchas gracias, amigo.

Ellos se van, lentos, cansinos. Con unas sombras que no quieren abandonarlo a su destino, ni seguirlo. Bajo el mezquite pasan los minutos sin que el tiempo se digne a avanzar hasta la noche que Hugo espera para ver las estrellas antes de su muerte. En la tarde, su agotado corazón se detiene mientras el Sol descende y una última idea fluye con la sangre a su mente: El Sol es una estrella, la más cercana que agoniza con él mientras el cielo y su mente se oscurecen.



MATAR AL SANTO

L. DANTE GORENA V.

Nunca antes el fin del mundo estuvo tan cerca de Villa Remedios. Nadie pudo saberlo ni siquiera con inteligencia clarividente o quién sabe si todo ya estaba escrito en la frente de los abuelos, quienes lo sabían calladamente; pues desde entonces solían contemplarse en el espejo del cielo, recostados en la costumbre de esperar lo que no va pasar, pregonando en quechua las leyendas de otra edad.

Como una señal agorera, trayendo el mal profesado, meses antes, la helada de junio había endurecido la tierra. Después se vino el azote del granizo y, en consecuencia, la sequía, y un frío de puna que no corresponde a la cabecera de valle en donde hallábase enclavado Villa Remedios. Entonces todos apuntaron su rabia al Tata Ruperto, el Patrono del pueblo, sentándolo después en el banquillo de los acusados. En este caso el remedio sería peor que la enfermedad. Pero de eso hablaremos luego.

En doblegada distancia, Villa Remedios es (mejor dicho, era) un pueblito agrario con plantaciones tupidas, encajonado entre montañas picudas y cerros colorados que parecen desprenderse de Los Andes. Para llegar hasta allí había que remontar largas distancias por caminos de herradura, atravesando un accidentado páramo cortado por torrentes profundos.

Lo cierto es que, desde su aparición en el mapa como un apartado villorrio, los comuneros de Villa Remedios nunca protestaron por tener que vivir allí: sus canas y sus pies habían echado raíz en el sitio. Pero ahora una molestia creciente afligía

a la gente, mortificada por la pobreza y el atraso del pueblo, pues teniéndolo todo para vivir de lo que la naturaleza proveía, por falta de una carretera interprovincial decente, difícilmente podían exportar sus productos y percibir un pago digno por ello. Avergonzados de su santa miseria, impotentes ante las extrañas enfermedades que atacaron a sus animales y plantas, las chacras y huertos fueron descuidados; los cultivos empobrecieron, se llenaron de yerba mala y enflaquecieron los animales. Al final todo eso les indujo a maliciar. Tenían la idea retorcida que hacía suponer que el culpable no podía ser otro que el mismísimo Tata Ruperto, a quien nunca le habían faltado velas ni limosnas en su altar siempre rebozado con flores. Ni qué decir de las fiestas patronales, hasta dos veces al año: mucha chicha y mucho guarapo en su honor; pero todo cambia, nada es eterno, ni siquiera los santos. Ahora la poblada se hallaba deliberando en una asamblea de urgencia, de esas que revientan en sucesos irremediables. Con la complicidad de la noche —la noche como un ala—, expectante y brumosa, que terminaría arrojando a un centenar de emponchados comuneros, congregados en la plazuela, se movieron voces con claro fastidio. Se consultaron en quechua, conforme a su costumbre:

—Habrà que cambiar al Santo por otro que nos represente, pero que sea exclusivamente nuestro y no un advenedizo como el Tata Ruperto. Al fin que éste nunca nos hizo el milagro de volcar la pobreza en prosperidad.

—Yo mismo revisé todo el santoral con el padre Antonio y no existe otro Santo disponible para ser venerado en el pueblo.

—Entonces, pues, urge mandar a tallar uno nuevo. Pero que sea como nosotros, del color de la tierra. No como el otro, blanquiñoso, de falso cabello rubio y falsos ojos celestes, que lo trajeron, quién sabe de dónde.

—Podríamos bautizarlo con otro nombre, mejor si es en nuestro idioma, pero eso lo veríamos después —aventuró el curaca del pueblo, con cierto rencor guardado en su arrugado pecho.

El apoyo fue total, hubo aplausos y un griterío festivo que fue calando la noche. Pero ahora había un problema: ¿Qué hacer con la patriarcal imagen del Tata Ruperto? La respuesta vino súbitamente: Había que deshacerse de él antes, pero sin que el campanudo párroco se diera cuenta. Tendría que ser ahora o nunca, se dijeron, a una sola cuerda de voz, aprovechando que el cura estaba en su aposento retozando como una foca.

Y así, con paso sigiloso de gato cimarrón, con la complicidad de la luna, forzaron las cerraduras del portón enrejado y dos paisanos penetraron el recinto religioso. Con frialdad hereje bajaron al santo de su altar de mármol para secuestrarlo. Entonces vino de inmediato la pregunta de rigor: ¿Cómo deshacerse del santo? Dejarlo como estuco molido con un mazo, fue la primera moción, pero fue denegada. Mandarlo al destierro en el pico más alto, allí donde duermen los cóndores, tampoco tuvo repercusión. Luego de un arduo debate en la misma plazuela, con posturas larvadas por la sinrazón, llegaría la solución al problema. Y eso lo sabremos a continuación.

Prisionero de la turba, con el cuerpo flaco, empinado en su metro y pico, el rostro esmaltado y encanecida por el polvo su rubia peluca, fue despojado de su escapulario bordado con ribetes de hilos plateados y de aureola dorada; introducido luego en una bolsa de yute sin un gramo de respeto. La procesión iba en sepulcral silencio para no despertar sospechas. Venciendo brechas escarpadas, desfiladeros y abismos

negros, lograron hallar la sepultura para el santo en el lecho pedregoso del río. Antes de eso, el viejo cacique tuvo tiempo de oír en su bóveda craneana una voz extrahumana que, obviamente, no supo interpretar: *Memento mori*, ustedes también han de morir.

Hundiéndose como bulto inservible, la imagen desapareció en la garganta del río en un santiamén. Más de uno sintió el frío de un arrepentimiento tardío, mezcla de miedo visceral y desasosiego. *Consumatun est!*

Después de aquel triste episodio, los días se tornaron eternos, esperando la llegada del flamante Patrono de Villa Remedios, dizque “Santo de los pobres”. Estaba latente la promesa de que habrían de traerlo por encargo desde la capital del país. Con la respectiva licencia de la Nunciatura y las bendiciones de rigor, claro está. La poblada tenía pensado recibirlo con huayños y mucha caña, como reza la tradición. Pero no pudo ser: extraños fenómenos habrían de sucederse con el cambio de estación, el cielo dejó de respirar; densos nubarrones, empujados por el viento, descargaron torrenciales lluvias. El descomunal aguacero arrastró consigo los sembríos, sus aguas tumbaron cercos aledaños, ahogando al ganado vacuno y las aves de corral. El río creció rabiosamente, sepultando decenas de molles y volteando milenarios eucaliptos. Sus aguas bramaban como bestia herida, lamían las barrosas orillas, arrastraban enormes troncos, animales y personas con vida, irremediablemente vencidos. Las casas se fueron flotando, río abajo, como botes de cartón y familias dentro. Con el cura dentro, también se anegó la iglesia, salvándose la oxidada cruz de la torre, en cuyos brazos solían pararse los pájaros. Como si fuese un castigo bíblico, los días se ahogaron junto con los sacrílegos de Villa Remedios.

Al quinto día paró de llover y el reloj de la vida reacomodó sus manillas. Sobre el vasto horizonte renació una claridad apacible de amanecer campesino, y una aurora lívida. Se fue abriendo el panorama, más parecido a un valle herido. Ahora predominaba un profundo silencio, un murmullo triste, inexplicable. Había desazón en la gente, se persignaba mecánicamente. De a poco fueron saliendo los sobrevivientes, revestidos de barro y brotados sobre la faz de la tierra como salpullidos; desandando a paso de zombi, los ojos extraviados y las caras afligidas. Buscándose unos a otros entre los escombros: cuerpos tiesos y escarchados, inflados con el aire de la muerte y vomitados sobre el lecho del río. En medio de la tragedia, fueron reapareciendo algunos niños, con sus gemidos ahogados y las manitas alzadas en clara señal de que estaban vivos. Lo cual motivó el rescate de las criaturas que faltaban: algunas tuvieron suerte, pero el resto desapareció simplemente, a pesar del reclamo quebrado de sus padres.

Al final volvió la calma (en apariencia) y todo empezaría a retomar su rutina. Pero ahora más de uno aseguraba haber escuchado el eco lejano de un concierto de risas y voces lejanas (¿serían acaso de los niños muertos?), que parecían salir de alguna loma cuando la noche caía. ¡Quién sabe si andaban por allí jugando con sus propios huesitos para entretenerse!

Había un lamento sordo, como de roedor obstinado, entre los paisanos; asociando los hechos con un castigo divino. Con el pesar les vino también el mal del odio, el rencor, la desesperanza; culpándose unos a otros, confrontados en una discusión babélica e imposible. Ahora el hambre calaba las tripas, y solo podía masticarse el

aire contaminado de malos humores. En consecuencia la Parca empezó a rondar las calles: las enfermedades se incubaban dentro las casas que había perdonado el diluvio. Villa Remedios era un espectro agónico.

El único camino, que otrora conectaba las poblaciones vecinas, estaba anegado de barro y bloqueado por grandes rocas. En donde hubo una densa vegetación, empezaron a crecer piedras y a multiplicarse. En consecuencia los sistemas de comunicación habrían de quedar inutilizados indefinidamente.

Los vientos erráticos estuvieron soplando, mientras se iban desgranando los días en temprana oscuridad, hasta quedar confundidos con las sombras de los maizales, aplastados y secos. Las lunas habían perdido el brillo, en medio de un silencio cósmico, abrumador. El sol seguirá parpadeando un tiempo más y luego se fue rodando por los picos, para no volver nunca más a Villa Remedios.

Eso fue antes de que el olvido se tragara al pueblito... hasta borrarlo del mapa.



EL BEJUCO

VICTOR D. MANZO QZEDA

El que lo encontró fue mi sobrino. Iba al río a pescar charal, y volvió blanco como tortilla sin cocer.

—Está colgado, tío. De un árbol. Con algo que es como una rama.

Fui yo, machete en mano, quien se metió al claro. Lo vi desde antes de llegar. El cuerpo de Julián meciéndose, flaco y ya verdoso, colgado de un *bejuco*. No de una cuerda, ni de un cinturón, ni de nada que uno tenga en casa. Un bejuco. De esos que trepan los árboles como serpientes.

La cara de Julián era todo menos cara. Hinchada, morada, con la lengua de fuera como si le hubieran querido sacar el corazón por la boca. El bejuco, eso sí, estaba fresco. Verde. Limpio. Como si no hubiera soportado el peso de un hombre, sino el de una camisa colgada.

Y ahí empezó todo.

Porque el bueno del Julián no tenía motivos. No estaba enfermo. No lo dejó la mujer. No debía. No bebía más de lo normal. Tenía chamba en el rastro, donde lo veíamos diario degollar reses sin hacer mueca. Si alguien aguantaba la vida, era él. Y, sin embargo, ahí estaba: suspendido, torcido, con las piernas colgando en el aire.

Lo bajamos. Lo velamos. Nadie dijo palabra sobre el bejuco. Todos decían que fue “la desesperación”, pero nadie se atrevió a decir de qué.

A los tres días, el chivo de don Efraín amaneció colgado del mismo árbol. Igualito. Mismo bejuco. Atado del cuello, sin señales de forcejeo. Como si se hubiera muerto sin luchar.

—No son coincidencias —dijo mi hermana—. Ese bejuco no es normal. Esa cosa mata.

Yo no dije nada, pero ya no dormía. Cada vez que cerraba los ojos, soñaba que alguien me amarraba la garganta con algo húmedo. No como mecate. Húmedo. Como lengua mojada enrollándose.

Y así siguió.

A la semana, el hijo menor del carnicero se perdió en el monte. Lo encontraron dos días después, caminando en círculos, con la mirada ida y el cuello rojo como si lo hubieran apretado con alambre.

Nadie quería hablarlo en voz alta, pero todos sabíamos que era el árbol. Que era *ese maldito bejuco*, que parecía mudarse de ramas y árboles como si tuviera voluntad.

Lo cortaron. Lo machetearon. Lo prendieron fuego.

Y volvió a salir.

Dos metros más arriba. Fresco. Vivo. Como si creciera más rápido mientras más lo odiábamos.

Una noche, agarré valor y regresé solo. Llevaba una lámpara, un machete, una botella de caña. No iba a rezar. Iba a mirar.

Y lo vi.

El bejuco colgaba como si nunca lo hubieran tocado. Suelto. Largo. Como esperando. Lo miré por diez minutos sin moverme. Hasta que empezó a girar. Lento. No por el viento. No había ni una brisa. Era como si estuviera... tanteando.

Ahí entendí: *el bejuco no era una planta, era un depredador.*

Y el primero de sus presas fue Julián.

Me fui de ahí despavorido, caminando sin mirar atrás. Pero no me quede tranquilo, esa noche, cuando me lavé la cara en el lavamanos, sentí algo en la nuca.

No era una picadura.

Era una línea delgada.

Una marca.

Como si algo ya me hubiera elegido.

Al día siguiente me salió un sarpullido en el cuello. Anulado. Justo donde empieza la manzana de Adán. Fui al centro de salud. Me dijeron que era una reacción alérgica. Me recetaron ungüento. No sirvió.

A la semana, me empezó a doler la garganta como si tuviera un pedazo de bistec atorado. Un nudo, literal, no de esos de emoción: como si algo se me estuviera enrollando desde dentro. Y entonces empecé a soñar.

En el sueño, estoy de pie bajo la ceiba. El bejuco cuelga en frente. No se mueve. Solo cuelga. Y sin embargo, siento que me habla. Que me espera. No me obliga. No me jala. Me aguarda. Como si supiera que tarde o temprano me voy a rendir.

Una noche me desperté con tierra en los pies. No barro. Tierra negra, de monte profundo. Como si hubiera caminado dormido. Como si hubiera estado allá. No recuerdo haber salido.

Fui a la iglesia. Hablé con el padre Benito. Le conté todo. Pensé que iba a rezar por mí. Pero nomás me miró y dijo:

—Eso no es del Diablo. Es más viejo.
—¿Y qué hago?
—No lo mires. No lo pienses. No lo nombres. Y no vuelvas.
Me quedé callado. Pero ya era tarde.
Porque al bejuco no le importa quién seas. Solo quiere colgar a alguien.
Una tarde, pasé por el claro. No para entrar. Solo para mirar de lejos.
Y ahí estaba.
No en la ceiba.
En otro árbol.
Más cerca del camino.
Más cerca de mí.
Y colgado del bejuco... había una rata.
Una maldita rata negra del tamaño de un conejo. Tiesa. Muda. Con las patas estiradas y los ojos fríos. El bejuco la sostenía como si la estuviera presumiendo. Como si fuera un mensaje.
“No hay salvación.
Toma un turno.”
Eso pensé.
Me fui corriendo, dando trompicones.
Ahora duermo mal. La puerta siempre cerrada. El machete está ahí, por si el bejuco aparece otra vez. No sé si sirva de algo, pero al menos no me va a agarrar desprevenido.
A veces despierto sintiendo que me asfixian.
Otras, con la lengua dormida.
Y cada vez que escucho el viento mover los árboles, me dan ganas de llorar.
Pero no lloro.
Porque el bejuco no mata por tristeza.
Mata por costumbre.



ESA NOCHE

SANTIAGO CASAS

La luz que se colaba por la rendija del techo iluminó sus ojos, habituados ya al hogar en donde el sol apenas se asoma por las hojas de los árboles. Sacó un dedo, después otro y uno más, hasta que el borde de la mano rozó el frío metal. La herida medio abierta le dolía: el resultado de su último escape. Le aplicaron varias dosis de electrochoques con una de esas máquinas con la que los hombres disfrutaban de verlo sufrir.

En el pasado fue distinto, las tribus mantuvieron una convivencia pacífica junto a los humanos, hasta que con el paso del tiempo crecieron en número, cada día estaban más y más, sedientos de recursos. Arrasaron con todo: arrancaron los árboles, destruyeron sus hogares, quemaron la tierra.

Los conocimientos de generaciones enteras se desvanecieron en minutos.

Y al final los capturaron.

Eso es peor que morir, decía su madre.

Tumbado en la jaula, contempló a las criaturas que, prisioneras como él, temblaban de miedo, con sus formas extrañas: orejas largas, dientes saltones y esos ojillos rojos brillando en la penumbra; otros, parecidos a los ratones que corren por los caminos invisibles de la maleza, al fondo de la habitación y dentro de enormes jaulas

las aves que cantan al amanecer despliegan las largas plumas de su cola. Aunque no entiende sus cantos, ni sus gestos o gruñidos, entrevé en sus miradas el destino que les espera.

Es imposible distinguir el día de la noche desde esa prisión. De los humanos aprendieron que el disco amarillo que aparece cada mañana en el horizonte, se llama sol y el pequeño y blanco que aparece ciertas noches, le dicen luna.

Por la puerta entreabierta apareció un humano, pero no era el mismo que le servía el plato con fruta y agua turbia. Él prefería mirar los círculos que salían de la punta de su dedo al tocar el agua en vez de tomarla. Se trataba de un tipo grande, tan alto y peludo que bien podría pasar por un miembro de su manada. Tomó cuantas jaulas pudo y salió de prisa, otros como él siguieron su ejemplo, los colocaron dentro de un camión como los que invadieron la selva esa noche.

Las centinelas vigilaban durante la noche, eran miembros jóvenes de la manada, listos para avisar en caso de ser necesario. A medida que él crecía, experimentaba con su fuerza, en las copas de los árboles practicaba sus acrobacias, sus rugidos eran más potentes, se acercaba el día de convertirse en adulto. Esa noche las copas de los árboles se habitaron con las figuras que, desde la sombra esperaban la presencia del macho más grande, con una mano golpeó su pecho negro y peludo, la luz de luna iluminó su espalda plateada:

—Ahora soy su líder. Protegeré a la manada...

Todos gritaron eufóricos, no se oía otra alma en lo espeso de la selva, los ancianos le entregaron el cetro de mando, sonando sobre el pecho cantos de victoria, hasta que la luna desapareció y un canto distinto sonó en el aire: peligro.

El silencio reinó. Las voces de los hombres se acercaban, apuntaron sus luces entre el follaje, deseosos por vernos. El líder gritó:

—¡Humanos!

Una explosión estruendosa despertó a la selva, comenzaron a saltar de rama en rama, él, bien sujetó a la espalda de su madre, mirando de reojo al vacío que amenazaba con tragarlos, las chispas explotaban con furiosa destrucción, una de las ramas no resistió el peso y cayeron desde lo alto.

Las voces crecían acompañadas de ladridos feroces.

Ella estaba aturdida, girando sobre sí y cubriéndose los oídos. Un hombre la tomó del lomo y la sacudió, intentando que el cachorro se desprendiera de ella, pero sucedió lo contrario. Se aferró con más fuerza. Gritó y gritó, sin que el humano comprendiera sus ruegos, solo reaccionó hasta que le clavó los dientes en el brazo:

—¡Mono de mierda!

Y de una bofetada lo tumbó. Despertó junto a su manada, en el campamento de los humanos. Yacían presos dentro de redes que no pudieron romper. Las miradas de la manada se perdían en el fuego que ardía, avivado por troncos y ramas. A través de las chispas que brotaban, vio a su madre, al otro lado de la fogata, con los ojos cerrados, recostada, tan serena que parecía disfrutar el suave calor.

Recordó los días en los que antes de dormir jugaban a esconderse en la maleza, saltando una y otra vez contra los troncos de los árboles, mientras ella lo miraba con ternura:

Así se hace mi pequeño. Algún día guiarás a la manada.

Fue la última vez que la vio.

El gran tipo cargó las jaulas hasta la entrada del laboratorio, una horda salvaje se acercó gritando con furia, con la cara enrojecida, mostraban los dientes con agresividad dejando atrás su humanidad, agitaron pancartas con letras donde reclamaban libertad para los animales.

El lugar contaba con varias salas para experimentos, en la más espaciosa aguardaban los prisioneros, gritaban ansiosos, así que les colocaron bozales para callarlos.

Una mujer los examinó de uno en uno, tomó sus signos vitales, su temperatura y al final dio el visto bueno. A él no le agrada el metal en su cuerpo así que le escupió a la mujer, que en todo momento evita el contacto visual, oculta tras el cubre bocas, los anteojos y la cofia.

Se acercó a los otros, habló en voz baja y salió de ahí, de inmediato lo ataron de pies y manos, le colocaron una banda que le atravesó la frente, gritó al sentir el frío metal, manoteó, pero lo sometieron de inmediato.

Trajeron un aparato del que salía una mascarilla que le colocaron en la boca. Un montón de luces parpadearon como las luciérnagas que bailan al compás de la luna. El gas salió por el tubo, hasta que sus ojos reaccionaron por el escozor. Los hombres alrededor anotaron cada paso, cada reacción, cada lágrima derramada, y los gritos que luchaban por existir.

Su mente se fue apagando, lo arrulló el suave cobijo de la tribu que no existirá más. Su cuerpo se relajó, como cuando vivía con su madre, soñando con crecer.

Su cuerpo se desvaneció y, solo le queda ese recuerdo que lo llevaría a esa noche.



LA COSTRA DEL MONTE

CRISTIAN FERNANDO GUEVARA HINCAPIÉ

Don Ezequiel llevaba más de veinte años viviendo en el mismo rancho, heredado de su padre muerto, a mediodía de camino monte adentro, donde el aire era espeso como un caldo y los insectos zumbaban en un cántico perpetuo. Alrededor, ceibas retorcidas, helechos gigantes y lianas sofocantes marcaban la frontera entre el monte y lo humano. Criaba chanchos y pollos, cortaba leña y cuidaba de su mujer tullida, que ya no hablaba desde que una yarará le lamió el tobillo hace seis años. Desde entonces, ella pasaba los días mirando el techo, con la mirada fija y los labios apretados como si mascullara algo en su interior que nunca lograba soltar.

Una tarde de junio, cuando la lluvia había empapado el suelo por casi una semana, Ezequiel salió a excavar una zanja cerca del pozo viejo. Buscaba canalizar el agua estancada que comenzaba a pudrir los cimientos del galpón donde estaban los chanchos. Fue ahí cuando la pala golpeó algo con una textura diferente: una capa de materia negra, espesa, parecida a brea, con textura de cuero quemado y olor a moho rancio.

Inquieto, escarbó más de lo necesario hasta que el anochecer lo obligó a detenerse. Descubrió que no era un simple pedazo. Esa costra se extendía por todo su terreno...

Esa noche soñó con su padre muerto. El viejo estaba cubierto de un barro, como esa costra bajo tierra, con los ojos blancos como cal, entre tanto, gritaba aterrorizado sin abrir la boca:

—No sigas cavando, Ezequiel...

Pero Ezequiel, al despertarse, continuó cavando.

Durante cuatro días, entre la lluvia y el barro, insistió en seguir explorando esa capa. Cada palada traía consigo el mismo hedor, el mismo vapor verdoso que exudaba la costra. Hasta que, al quinto día, la pala golpeó algo duro rebotando con el impacto. Ezequiel, aterrado, desenterró por completo un esqueleto humano de huesos negros como la obsidiana. Dentro del pecho del esqueleto había un amasijo endurecido, parecía un corazón, palpitante. Latía lento y el monte entero pareció suspirar sincrónico con los latidos.

Ezequiel no supo qué hacer. Se hacía de noche y consideró que al día siguiente tomaría una decisión con su mente en frío.

Pero entonces todo cambió...

Esa noche Ezequiel volvió a soñar con su padre muerto. Esta vez no hubo advertencia. Hubo una sentencia...

—Te advertí que no siguieras cavando, Ezequiel... ya está despierto...

—¿Quién padre? ¿Quién está despierto?

Su padre lo miró con una fijeza malsana.

—Es el alma del monte... intenté detenerlo, pero me reclamó, ahora quiere reclamarte también...

Ezequiel se despertó bañado en sudor. Su mujer —que no hablaba desde hace años— empezó a reírse de forma aguda, rascada, como la risa de un niño enfermo.

Ezequiel sintió un corrientazo en su espalda, como si cientos de hormigas escalaran hacia su nuca. Encendió la lámpara, vio a su mujer que lo miraba de manera horrenda como con una expresión depredadora. Entonces se movió, ¡Increíblemente se movió!, señaló hacia la puerta y reveló una silueta humana envuelta en hojas y en raíces.

—¡Ezequiel! —habló la figura—. Reclamaré sus cuerpos y almas, para el monte...

Ezequiel corrió hacia una esquina de la habitación antes de terminar desmayado.

Cuando despertó estaba acostado en su cama... Su esposa estaba dormida, profundamente dormida... Sintió un silencio, sepulcral, aterrador. Corrió afuera para comprobar ese ominoso silencio y descubrió, aterrado, que esa costra se había extendido fuera de la tierra y había vuelto a devorar el esqueleto que Ezequiel había encontrado. Y con él, las vidas de sus animales. Observó que esa costra estaba moviéndose lentamente, reptante, hacia el rancho, como un animal gigantesco, hambriento.

Ezequiel escuchó un grito... Su mujer había salido corriendo del rancho, saltó hacia la costra, y de inmediato se hundió. Como si se estuviera sumergiendo en un líquido espeso que la devoraba, consumiendo sus tejidos. Una boca en la costra empezó a formarse con dientes de piedra, y cuando estuvo formada por completo, terminó de devorar a su mujer.

Ezequiel no lloró. No gritó.

Permaneció arrodillado frente a la boca, y comprendió. Aquello no era parte del monte. Era el monte.

Era como una gangrena bajo la tierra. No era una criatura. No era una cosa. Era una voluntad fosilizada, apetito antiquísimo, que había crecido mucho antes que los humanos, permaneció dormida bajo el calor y la humedad, esperando... ¿esperando? ¿Esperando qué?

Los árboles empezaron a inclinarse hacia la boca. Las aves dejaron de cantar y se elevaron al cielo en una bandada. Un vapor denso se alzó por las tardes, llenando la zona de una niebla amarga que quemaba los ojos. Seguía extendiéndose de manera imparable.

Ezequiel tenía que hacer algo, en ese momento, en ese lugar, ahí mismo. Corrió dentro del rancho, tomó un bidón de gasolina y empezó a verterlo alrededor y entonces, al notar que la costra rodeaba el rancho, encendió un cerillo.

Una semana después, los peones del campo vecino encontraron el rancho quemado, con la tierra alrededor cubierta de un mantillo brillante. Dentro, Ezequiel yacía en el suelo, calcinado, pero con la piel cubierta de una costra que parecía tierra.

En una única pared de madera que sobrevivió al calor abrazador estaba escrita una frase:

“Ya no somos nosotros los que habitamos el monte. Es el monte quien nos habita...”.



UN CUENTO DE AMOR, LOCURA Y MUERTE

ÁLEX LONG YUNTAO

La melodía del choque entre las copas a medio llenar de vino espumoso, el favorito de Alfredo, fue la protagonista en el momento en que ambos se demostraban con la mirada la profunda admiración y amor que sentían el uno por el otro. ¡Por tu trabajo!, gritó con suma alegría su marido, Jorge. Las flamas mortecinas de las velas de tersas notas aromáticas a manzana danzaron a su alrededor. Reflejada en las pupilas de Jorge, la alegría de Alfredo salpicaba todo en la habitación. ¡Por las nuevas metas y sueños!, respondió éste.

Aquella misma semana, Alfredo comenzó a laborar en una empresa que era reconocida en todo el estado. Cada día llegaba puntual, atendía a las capacitaciones con la mayor disposición, resolvía cualquier contratiempo, incluso, de ser necesario, se quedaba media hora extra para tener su trabajo en orden. Así pasó el primer trimestre hasta que, un viernes por la tarde, la secretaria le pidió que subiera a la sala de juntas porque el jefe deseaba hablar con él. La orden lo tomó por sorpresa. *En un momento subo, gracias*, le contestó el contador. Se puso de pie y preparó las cuentas, facturas y posibles notas que pudiera requerir. Sus manos eran dos masas de hielo. Se preguntaba qué habría hecho mal o si sus informes tenían problemas. Se dirigió hacia el elevador. No quería subir las escaleras para evitar sudar su camisa almidon-

nada y, así, generarle una mala impresión al jefe, a quien, por primera vez, vería. De camino, tomó una de las perlas de miel que dejaban las secretarias a los costados de las puertas, dentro de un tazón con decorados infantiles de abejitas. Se metió una a la boca con la idea de tener un aliento acaramelado y, de paso, quitarse algo de la tensión con la que cargaba. Mientras esperaba la llegada del ascensor, notó un hilito de hormigas rojizas y negras que rodeaban el tazón. No le dio mayor importancia. Escuchó el timbre de llegada y se subió al aparato. Marcó la opción señalada con la leyenda *Oficina del jefe*.

Al abrirse las puertas metálicas, Alfredo se sobresaltó cuando vio frente a él emerger a un grupo de gente que trabajaba en sincronía, como si cada uno tuviera, en la cabeza, la misma canción que les marcaba el ritmo. Vestían uniformes idénticos, como si uno fuera la copia del otro. Incluso, los cortes de cabello eran iguales. Conforme atravesaba el pasillo para llegar a la puerta que sostenía la placa dorada con la palabra *jefe*, fruncía cada vez más el ceño ante el desconcierto que le provocaba la escena.

Llegó a la oficina mencionada. Tocó. La puerta se entreabrió. ¿Hola? Buenas tardes... ¿puedo pasar?, preguntó. ¡Adelante!, llevo tiempo esperándote, retumbó el vozarrón de aquel hombre que estaba de espaldas. Cada vello de Alfredo se erizó. El contador sintió un cosquilleo en la nuca. *Toma asiento. He estado observando tu trabajo de cerca. Me agrada que te hayas comprometido con la empresa, te has puesto la camiseta, como se suele decir por ahí*, le dijo el jefe. Alfredo sintió que, de manera súbita, las toneladas de miedo y presión que soportaba en sus hombros se desbarataban, liberándose. Dentro de lo que pudo, se relajó pues, el color estridente de la camisa carmesí que vestía su superior, lo mareaba. *Necesitamos más gente como tú, que dé todo por la empresa, que se la juegue por el bienestar de la familia. Desde ahora formarás parte del equipo de este piso. Así, trabajaremos mano a mano, muy de cerca, como las abejas o las hormigas*. El joven se puso de pie en un impulso de alegría. ¡Muchísimas gracias por su confianza! *No lo dude, daré todo por la compañía, de eso puede estar seguro*, respondió mientras le extendía la mano. El corpulento ejecutivo se dio la vuelta y le dio un apretón de manos tan fuerte a Alfredo que sus huesos rugieron con un sonido seco. El contador retiró la mano con velocidad, le pareció tan doloroso como si hubiera recibido la mordedura de una hormiga bala. ¡Estoy seguro de que así *será*!, sentenció aquel hombre de camisa escarlata y pantalones negros.

Por la noche, Alfredo llegó con el corazón desbordado de alegría. Entró con las emociones materializadas en gritos, ¡me subieron de puesto! ¡me ascendieron!, gritaba sin parar. Jorge, que estaba viendo el noticiero nocturno en la sala, se levantó de un salto para estrujarlo entre sus brazos y felicitarlo. *Pasando a otras noticias, un hombre, de nombre Paulino, muere a la deriva del río Paraná tras la mordida de una serpiente venenosa*, se escuchó de fondo en el noticiero al tiempo que Jorge llevaba a su esposo de la mano hacia el comedor para que le contara los pormenores de la reunión de esa tarde.

Llegó el lunes y Alfredo se preparó con una camisa celeste, un traje color gris y una corbata azul marino. Jorge lo despidió con un beso. Minutos antes de la hora señalada, el joven se presentó en la empresa. Tomó el elevador. Observó que esa mañana habían metido en el montacargas varias plantas de hojas anchas como parte de la decoración. Remolinos de hormigas bailaban alrededor de las macetas. Pensó que

quizá debería de recomendarle al asistente de limpieza el uso de un insecticida para el control de aquella plaga. Sin darse cuenta, llegó al piso en donde su nueva familia lo acogería. Su corazón casi se detuvo cuando, al salir del ascensor, se topó con filas de trabajadores que vestían lo mismo que él. Pasó saliva, comenzó a sudar. *Tal vez es una coincidencia, este tipo de traje es muy común*, pensó. Buscó su cubículo. Se instaló en su nuevo lugar de trabajo. Un piquetito en el índice lo tomó por sorpresa al intentar encender su equipo. *Fue un simple toque eléctrico*, se dijo a sí mismo.

Al anochecer, cuando Alfredo llegó a su hogar, Jorge estaba tumbado sobre el sofá viendo el noticiero. Alfredo se dirigió al comedor. Arrastraba los pies y parecía cabizbajo. *Amor, el mundo está cada vez más loco. Salió en las noticias que cuatro niños terminaron con la vida de su hermanita mientras los padres estaban fuera... ¡es algo macabro! A ti, ¿cómo te fue en tu primer día? Dame tu saco, te ayudo*, le propuso mientras iba tras él. Cuando lo giró por los hombros para quitarle la prenda, se dio cuenta de que poco quedaba del joven que se había despedido con tanto entusiasmo. Alfredo lucía cansado y demacrado; su piel se había tornado pálida como la de un cadáver. *Luego te cuento, por ahora estoy un poco cansado*, le respondió. Se sentó en el comedor y se quedó dormido con los brazos sobre la mesa. Su pareja lo cargó hasta la recámara. La historia se repitió durante las siguientes tres semanas. A Jorge se le partía el corazón cada vez que lo veía entrar. El muchacho apagado y enfermizo que cruzaba la puerta en nada se parecía al que otrora había ingresado a la infernal compañía con tantas metas e ilusiones. Alfredo llegaba cada vez más tarde a casa por quedarse a resolver pendientes. Durante la noche, las pesadillas lo abrumaban y se levantaba entre las tres y cuatro de la madrugada gritando que todos sus compañeros de trabajo eran clones de él. Sus ojeras se pronunciaron y resaltaban su apariencia cadavérica y cada vez más frágil. Apenas podía mantenerse en pie. No paraba de repetir que tenía que terminar el trabajo hasta que caía rendido. En ese instante, Jorge aprovechaba para cargarlo y recostarlo en la cama. La situación también estaba devorando su salud física y mental. No sabía qué hacer ni cómo ayudar a su amado.

Un lunes por la mañana, Jorge se despertó sorprendido de que Alfredo no se hubiera despertado por culpa de las alucinaciones nocturnas o pesadillas. Se volteó para abrazarlo. Fue entonces cuando sintió que la reseca piel de su pareja estaba fría. Se incorporó de un salto. Se acercó a verlo. Tenía los ojos abiertos, al igual que la boca, de donde brotaban hileras de hormigas. Jorge se quebró en llanto. Las paredes de su hogar guardaron los gritos de dolor que resonaron frente al rígido cadáver de Alfredo.

El viudo dejó atrás su hogar. En un golpe de furia y resentimiento, se dirigió a la empresa en la que trabajaba su pareja para reclamar por la explotación en la que éste había vivido al grado de llevarlo a su final. No encontró a nadie en la recepción. Tomó el ascensor. Sus piernas temblaban mientras sus lágrimas ahogaban a las hormigas que parecían danzar alrededor de las macetas dentro del elevador. Las puertas se abrieron. Descendió. Dejó atrás el elevador. Las puertas se cerraron. La imagen inusual que apareció frente a él quebró su psique. Estrepitosas risotadas desgarraron su garganta y golpearon las paredes del recinto. La presión en el pecho le impedía respirar. Pronto, su rostro estaba empapado. Intentó ir de regreso al ascensor. Ya era tarde. La *familia* le daba la bienvenida.



PA'L MONTE

ESCORIA MEDINA

Le dije al pendejo del Chino que dejara eso por la paz. Pinche joto, por andar de puto es que me van a linchar. Llegamos aquí por prácticas de la escuela. Era fácil, sólo debíamos ayudar a limitar los campos de los campesinos. Veníamos a ayudar, ese era el plan. Cuando llegamos, el profe nos contactó con los encargados del programa de regulación de vivienda por parte del gobierno. El delegado del pueblo nos recibió, nos dieron alojamiento entre los habitantes y nos alimentaron, pero el pinche Chino la tenía que cagar. Nos dijeron que nada de andar de problemáticos con las chicas del pueblo, que la gente aquí era muy brava y desconfiada de los extraños. Si nos están aceptando, era nomás porque el delegado nos estaba respaldando. Pero allá nosotros si alguna de las muchachas se quejaba de que la estábamos molestando. Nos dijeron que el matrimonio aquí es sagrado y que varias de las muchachas ya tenían arreglado el casorio, así que era mejor dejar eso por la paz. “No queremos accidentes”, dijo por último uno de los voceros del pueblo.

A mí me tocó estar con unos viejitos bien buena onda. Sus hijos se habían ido al otro lado y les mandaban dinero. Acá los tenían abandonados en un pueblo cerca de las faldas del volcán Popocatepetl. Me platicaron de sus nietos, a los que sólo han visto por videollamada. Ah, porque puede estar bien austero el pueblo, pero aquí todos visten marcas gringas y andan con teléfonos de última generación. Bien curiosa la mezcla y el desarrollo del pueblito ese. Pero las costumbres de antaño no

se perdían. De rigor había que ir los domingos a misa y después la junta dominical para resolver los problemas que podía tener una comunidad tan pequeña. Por eso, y como ahora andaban construyendo casas al estilo gringo, es que el gobierno quiso “echarles la mano” para regularizar la vivienda y que cada quien tuviera sus papeles en regla. Nada tiene que ver con que así podrían agregar el impuesto de la vivienda y a un costo bajo, reclutando estudiantes para hacer su chamba... En nuestro último semestre se nos presentó la oportunidad de hacer el servicio social en el campo como becarios del gobierno y la neta era mejor estar aquí un par de meses poniendo en práctica lo aprendido en la carrera, que en una oficina sacando copias a lo pendejo. Por eso, el Chino, yo y otros tres compas nos aventamos para sacar la chambita, ¿qué podía salir mal?

Bien dicen que pueblo chico, infierno grande. Cuando noté que el Chino andaba quedando bien con un chamaco, hijo de la familia con la que se estaba quedando, ya sabía yo para dónde iba la cosa. “Deja eso” le dije. “Aquí no van a ver bien eso”, pero el muy cabrón, nomás se le mete alguien por los ojos y cada pendejada que hace. “Dijeron que nada con las muchachas, pero no dijeron nada de los muchachos” Me dijo el muy cretino del Chino. El morrillo era un tortolito en comparación del colmilludo de mi compa. Toda la experiencia por delante frente un chamaco que nomás conocía su pueblo y los pueblos vecinos. Aun así, era de la familia que más animalitos tenía, además de varias hectáreas de terreno que se debían medir y registrar concienzudamente. Osea, era uno de los meros meros del pueblo el papá del chamaco. Con más razón sabía que esto no iba a terminar bien.

No se pudo aguantar las ganas. Los veía irse pa’l monte, disque a trabajar, pero el morro a penas y se podía sentar cuando regresaban. Dos hombres trabajando duro en el campo, qué de raro tiene eso. Muy chamaco y lo que quieran, pero éste sabía trabajar la tierra, ya era considerado un adulto y por lo mismo, ya debía comenzar a buscar esposa o empezar a ver si se iba a quedar a cuidar la tierra o se iba con sus parientes a los Estados Unidos. Entre los planes del padre no estaba cogerse a los becarios...

—¿Ya supiste que se escapó una parejita? Huyeron para Puebla, me dijo el profe, pero Adrián dice que sí los encontraron. La muchacha ya estaba emparentada con otro...

—¿Qué van a hacer con ellos? —pregunté.

—Adrián no me dijo, pero pues qué más van a poder hacer que separarlos por un tiempo, ¿no?

—Pues sí. —le dije. ¿Qué más podían hacerles a dos chamacos que huyeron para estar juntos?

En la casa donde me estaba quedando no oí nada de aquel chisme. Tampoco me importaba tanto como para preguntar.

[..]

El cielo estaba tupido de estrellas. Tomaba café de olla frente a una fogata para calentarme. El frío se sentía más vivo desde que los volcanes amanecieron nevados. El señor me contó que “Don Goyo” estaba tranquilo porque se le hacían ofrendas: flores, fruta, licor... y, sobre todo, lo que envenenaba al pueblo. “Allá se deja lo malo —dijo—. Así el volcán duerme, y deja que la gente trabaje en paz.”

Esa frase se me quedó clavada sin que supiera por qué. Me imaginé a la gente caminando de madrugada, llevando sus pecados envueltos en canastas hasta un altar de piedra, como si las montañas pudieran digerir la culpa.

[...]

Los encontraron, al Chino con los pantalones abajo y la cara del chavo bien metida entre las bolas del Chino. Luego luego se armó el zafarrancho. En la casa donde me estaba quedando me dijeron “váyanse del pueblo que aquí se van a armar los chingadazos, a tu amigo ya ni lo busques”. Me quedé esperando, intentando conectar lo que me estaban diciendo. Yo creo que me puse bien pálido porque el señor, a empujones me decía “apúrate, antes que vengan por ti también”. Me vestí y con lo que logré agarrar salí de la casa. Todos corrían en dirección a la casa del Chino. Vi pasar al profe corriendo. Me quedé como pendejo esperando que regresara, con la noticia de que todo había quedado en un chisme, con el drama que ya me tenía acostumbrado el Chino cada que me contaba de “su peor es nada”. Entonces escuché varias detonaciones. Un silencio bien culero llenó la calle. El señor salió y me vio ahí, con la cara de terror que tenía. “Ya se los echaron, mejor vete. Jálale pa’l monte, allá vas a estar más seguro”.

Corrí, como si la culpa de algo me persiguiera. Me adentré entre los pinos y árboles, con el frío de otoño que calaba. Corrí hasta que una pendiente me hizo rodar varios metros. La piel me ardía. En la caída había chocado con ramas y varias piedras. Un árbol detuvo mi caída. El poco aire de mis pulmones salió despedido con el choque. No podía respirar, a penas y podía jalar aire. Quedé tendido entre la tierra, quieto, el sol comenzaba a ocultarse. Intenté levantarme. Arranqué varias astillas de mis brazos y mi rostro. Las rodillas y la pierna izquierda sangraban, ¿qué chingados podía hacer? El pinche teléfono lo había olvidado o habría salido disparado en la caída. El caso es que no lo tenía. Ya ni para regresar, no sabía para dónde había jalado. Recordé que a las faldas del volcán suele haber retenes y ahí podía buscar ayuda, pero por más que caminé, el pinche volcán parecía igual de lejos. Caminé hasta que la noche y la oscuridad me impidieron seguir viendo el horizonte. Nunca el cielo nocturno, repleto de estrellas, me pareció tan aterrador, tan basto, tan infinito. El frío me estaba entumiendo los dedos de las manos y los pies. La pierna ya me impedía caminar. Salí de la casa con lo primero que tenía a la mano. En qué estaba pensando cuando agarré el chaleco, en vez de la chamarra. Pinche Chino, no lo sabía entonces, pero pinche Chino. Me dejé caer recargado en un árbol, exhausto, con el corazón todavía palpitándome. Intentaba pensar qué carajos había pasado. Todo me daba vueltas, no podía creer nada de lo que me estaba sucediendo. Miré las copas de los robles altísimos que me rodeaban. Entonces sentí el silencio del monte. Estaba cansado, quería dormirme y despertar de la pesadilla. A la chingada me dije, “ya nadie debe venir por mí”, me arrepegué a los árboles, intentando buscar calor en lo que fuera y entonces escuché que alguien venía corriendo, tropezando con todo a su

alrededor. No veía nada aun cuando me había acostumbrado a la oscuridad. Intenté escuchar por donde venían, esconderme de cualquier rastro de luz que viera a lo lejos y entonces, de entre los pinos, vi salir al profe que se desplomó. Al principio nomás vi un bulto caer. Fue hasta que me acerqué que noté que era el profe. Estaba herido, sangraba de un costado. No podía ver la gravedad de la herida. A penas y logró decirme qué había pasado antes de quedar muerto entre mis brazos. “Se echaron al Chino... Me dispararon. Están bien encabronados. Saben que te diriges a los retenes, sigue corriendo”. El frío se me olvidó y regresé a la huida hasta que las piernas no me dieron para más. Llegué hasta el altar del volcán que estaba sobre una elevación de rocas. Había flores y frutas. Me abalancé sobre lo que aún era comestible. La oscuridad no me dejaba ver en su totalidad el lugar. Podía ver las luces del pueblo desde aquí. Aquí se deja lo malo, recordé y me quedé dormido.

Son las 6 o 7 de la mañana. No siento mi rostro y apenas puedo mover las manos. El sol no calienta. Desde donde estoy puedo ver el pueblo. La mañana apenas me dejaba ver lo que me rodeaba. Entonces lo noté: a pocos pasos de donde me había quedado dormido, el altar de piedra estaba cubierto de flores mustias y frutas podridas. Y, en el centro, empalados sobre troncos negros, los cuerpos desnudos de dos jóvenes. Los que habían escapado...

Estoy bien pendejo... Anduve corriendo en círculos toda la noche... El pueblo no está para nada lejos. Sabían que llegaría hasta aquí. Sólo tuvieron que esperar y allá abajo, sobre el sendero los escucho venir. Vienen con flores y ofrendas, justo como me contó el Don aquella noche. En medio de todo, traen la cabeza del Chino y otras las de dos compas clavados a un palo. Entonces entendí lo que aquí significaba “dejar lo malo” en el altar. Y que, desde anoche, yo ya era parte de la ofrenda.

FLORENCIA FRAPP: Todos en el mundo somos grasas, no hago distinción de sexo y raza.

LEONORA ZEA: Bruja, hechicera, curandera de las palabras, las ideas y los sueños. Perseguida y buscada por hereje, por ir en contra de las reglas y las normas de la ciudad Mirtos, ciudad de frío y hierro.

ÁNGEL DIAZ: Ermitaño, viajero del mundo. Estudioso de aquellos libros escondidos o rechazados. Cazador de palabras y de malas ideas. Verdugo de atrapasueños y coleccionista de historias por contar.

ESCORIA MEDINA: Procedente de una mente descompuesta. Mediocre intelectual, andrógino, Dios fantoche de logros pueriles, de creaciones aberrantes e inestables. Todo un fraude.

